

Yeong-Mi: Belleza eterna

Alexandre Vilamor



Capítulo 1

□□

CLUB

uno

Ni siquiera le prestó atención al tacón cuando se rompió. Ella siguió caminando, sumida en sus pensamientos y tratando de no sucumbir ante la tristeza. A nadie pareció importarle que anduviera a trompicones, tampoco se detuvieron a compadecerse por lo que fuera que le hubiese ocurrido. “¿Eonni, qué sucede?” “Eonni, te ves mal...” No, nada de eso existía ya, se lo habían quitado hace tiempo, cuando la obligaron a dejar a su amiga más preciada y, luego, ella misma abandonó la oportunidad de escuchar esas palabras de otras chicas cuando decidió desertar y vivir la vida por sí misma. ¿Por qué había hecho esto último? Simplemente porque ya no podía continuar con una vida que no quería y que la asfixiaba.

No quería llorar, no quería que las lágrimas expusieran lo vulnerable que era en ese momento. Ella debía demostrarlo, debía decirle a todo el mundo que era fuerte y que podía sobrevivir, aun cuando hubiesen destrozado su corazón. Los demás no lo creían, jamás habían confiado en su capacidad, la veían demasiado débil. “Pero si es demasiado joven”. “Es una niña”. “Debería regresar de donde vino”. “Vamos, vuelve al colegio y termina la escuela superior”. “Eres demasiado inocente para esto...” Y en efecto lo era, demasiado inocente para ver que el amor es un juego peligroso –pero lo necesitaba, necesitaba amar a alguien, sino se seguiría sintiendo vacía–. Pero aun así, nadie la consolaba, nadie la trataba, la dejaban sola, sin ninguna palabra de ánimo, sin ayudarla a ver una pequeña luz de esperanza en su desdicha.

Inocente. Todos se empeñaban en recordárselo. “Eres demasiado inocente”. Lo había escuchado cientos de veces. Ella siempre trataba de negarlo, siempre intentaba demostrarles que no era así. Pero nunca lo conseguía. Además, en el fondo ella sabía que no podía hacerlo, no podía ir en contra de su naturaleza.

No soportó más la cojera, le dolía demasiado la cadera por seguir caminando así. Hizo una pausa y de una patada dejó que sus zapatos salieran volando. “Fíjate en lo que haces”, escuchó que alguien le decía. Una reverencia. Solo bastaba con una reverencia y un *joesonghaeyo* para solucionarlo todo. Pero en el fondo sabía que todo era una actuación. Así funcionaba la sociedad, realmente aquella disculpa no era sincera, al igual

que ese *gwaenchanhayo* que escuchó a su espalda. Ella no estaba apenada por lo que había ocurrido y él no estaba disgustado en lo absoluto. Dio vuelta la cabeza un instante mientras seguía caminando, aquel hombre recogía los zapatos y seguía el camino por el que ella había venido. "¿Dónde habrá perdido el tacón esta cría?", se estaría preguntando. Pero nada era gratis en este mundo, por lo menos debería gastar algo de su tiempo y energía tratando de encontrarlo. Además, ella tampoco recordaba dónde lo había perdido.

Volvió a mirar hacia adelante, cada vez faltaba menos para volver al club. La regañarían, ella sabía que lo harían. Incluso cabía la posibilidad de que tuviera que dormir en la calle de ahora en adelante. Sería una sin techo. Pero se lo merecía, ella debía convencerse de que así era. Había perdido a un pez gordo, un excelente cliente que la frecuentaba. ¿Cómo había sucedido esto? ¡Ah, cierto! Su inocencia... Su mente inocente y crédula lo había provocado, no podía ser de otra manera.

¿Acaso no había escuchado las mismas palabras en otros clientes y en los de sus compañeras? "Te amo, eres hermosa". Eran solo cuatro palabras, pero en su conjunto formaban un todo irremplazable para ella. Desde ese momento sus oídos se volvieron sordos a todo lo demás. "¿De verdad, *Oppa*?" Le había preguntado una y mil veces para terminar de convencerse acerca de lo que escuchaba. Él siempre le sonreía y depositaba un beso en su mejilla. Solo eso bastaba, era la confirmación de su más tierno idilio. ¿Por qué le había creído? Podía sentir la sinceridad en su voz, en sus actos, ¿o acaso era su propio deseo el que le daba el sustento para creer?

"¿Algún día vendrás a buscarme, *Oppa*?" Él se lo había prometido y desde entonces aguardó pacientemente.

Y aguardó, porque era la segunda vez que sentía este tipo de sentimiento, pero a la vez era algo diferente. La primera vez fue por una amiga, que brillaba como la Luna, llenando por completo su adolescencia. La amaba y hubiese deseado jamás separarse de ella. Pero ahora, era un amor diferente, mucho más fuerte, que la sonrojaba y la hacía estremecerse, se sentía atraída por aquel hombre que se había cruzado en su vida. Definitivamente él se había convertido en su Sol... Pero ella aún era una inocente golondrina, que todavía luchaba por encontrar su propio camino...

Capítulo 2

Él era demasiado amable con ella, siempre que iba a visitarla le llevaba algo. Ella nunca le pedía nada, nunca le exigía, tan solo se contentaba con sus visitas y su presencia. Lo que más amaba era que pronunciara su nombre, Yeong-Mi, era el único que lo sabía, todos los demás la trataban por su nombre de fantasía, pero él no. "Yeong-Mi", le susurraba al oído, mientras ella se dejaba querer y acariciar. Yeong-Mi, su nombre era el único verdadero regalo que había recibido de sus padres. Lo único que agradecía.

Hablaban, reían, cantaban, bebían, se abrazaban y se hacían promesas en un ciclo interminable que solo era interrumpido por el despuntar del Sol. Entonces, él se iba y Yeong-Mi volvía a sentirse sola, un beso en la frente de despedida y la promesa de volverse a ver la semana próxima. Ella se quedaba sentada en el sofá de cuero que al principio le parecía acolchonado, pero que con el tiempo se volvía duro e incómodo, como el malestar en su corazón que le decía que ya había empezado a extrañarlo.

Cada espera era eterna y excitante a la vez, porque siempre guardaba la esperanza de que el regresara y la sacara del hoyo en el que se había metido. Tan solo debía esperar. Sabía que eso ocurriría algún día, solo debía tener paciencia. Él no dejaría que se siguiera hundiendo, no dejaría que las arenas movedizas la siguieran tragando y sepultando. Él la ayudaría a salir.

Con los demás clientes no era lo mismo; unos viejos verdes que bebían y bebían hasta quedar completamente emborrachados con soju. Cuando llegaban a ese estado era lo peor, trataban de hacerse los lindos y aprovecharse de su estado. "Anda, dime Oppa con esa tierna voz tuya". "Muéstrame tu aegyo". Temerosa, ella lo hacía, porque sabía que solo conseguiría avivarles la libido. Su único consuelo era que estaba prohibido propasarse, nada de tocarla y querer hacer algo más con ella, no se podía... por lo menos dentro del local –el único que lo tenía permitido era él, su Oppa, aunque nunca había hecho nada más que lo normal–, pero además había otro motivo por el que no podían hacerlo...

Es que era demasiado irresistible, todo hombre en busca de diversión la deseaba, era la manzana prohibida que se morían por morder. Una jovencita que había huido de casa y que, según ella creía, nadie se había molestado en buscar. Una estudiante, con todas las de la ley, que había decidido aprender en la escuela de la calle, viviendo la vida por sí misma, sin comodidades, sin una mano que la ayude y le dé de comer. A pesar de que era menor de edad, su jefe había decidido abrirle las puertas, le había dado un techo, pero debía pagarlo acompañando a hombres para no

perderlo. Estaba por cumplir dieciocho, así que nadie podía pasarse de vivo. Que los toqueteos, que las caricias, nada de eso estaba permitido, en especial con ella. Y no es que pudieran acusarlos por abusar de una menor, si ya era un delito que estuviera trabajando allí; llamar a la policía causaría muchos problemas. Pero así ocurría, nadie se atrevía a propasarse más a allá de lo justo, era algo psicológico, la imposición de una vaga moral reprimiendo sus más oscuros deseos. Además, nadie se atrevía a denunciarlos por tener a una estudiante entre sus filas, sino que, por el contrario, con más entusiasmo frecuentaban el lugar, contando los días y los meses y los años que faltaban para que cumpliera la mayoría de edad. Cuando llegara su vigésima primavera y pudieran obrar sin arrepentimientos en su conciencia. Por el momento, tendrían que conformarse con su imaginación.

Pero Yeong-Mi estaba segura de que ya no estaría entre aquellas cuatro paredes cuando cumpliera veinte, su príncipe azul la rescataría antes de que aquello ocurriera.

A pesar de las limitaciones y las normas, había clientes a los que sí se les podían ofrecer ciertas regalías, en especial a aquellos que daban todos esos billetes que les sobraban y que, además, dejaban unas cuantiosas propinas por el buen servicio. A ellos sí, "aunque sea un roce", le habían dicho, "para que queden bien prendidos y vuelvan a seguir probando suerte, a ver si consiguen algo más". "Por último para que se les pare y lleguen a su casa solo a masturbarse pensando en ti", se lo decía su jefe sin escrúpulos, como si aquello pudiera ser tomado como un elogio. Yeong-Mi no quería, ni siquiera se atrevía a dar un paso cuando llegaba uno de ellos. "Vamos, chiquilla, tómalo como una inversión. Es gente influyente y se relacionan con el mundo del espectáculo. ¿Cómo sabes si consigues algo?" Ella lo pensaba, pero aun así no se atrevía a caminar, pero la empujaban y la obligaban a acercarse al cubículo, a cruzar la cortina de lentejuelas. "Anda, ve a cantarles alguna cancioncita o a bailarles una de esas coreografías de los grupos que te gustan, de TWICE, BLACKPINK, Girl's Generation o Red Velvet." No podía rehusarse, solo podía acatar. Si no lo hacía, la correrían y perdería el techo que le habían facilitado y si eso ocurría, no podría volver a juntarse con su príncipe azul.

La evocación de su imagen, de sus palabras, era lo único que la sostenía y la mantenía en pie. Por él, ella podía aguantar todo eso y más. Sentía que tenía las fuerzas para hacerlo... Hasta que ocurrió aquello...

Capítulo 3

Aquel miércoles en la noche él volvió al club como todas las semanas. Yeong-Mi pudo sentir el cosquilleo que la hizo sonreír inconscientemente al escuchar su voz. Miró la hora. "Justo a tiempo", pensó. Estaba dándose los últimos retoques con el maquillaje, le gustaba que todo estuviera perfecto cuando se tratara de él, que la viera lo más hermosa posible y así complacerlo hasta con la mirada. Espolvoreó su rostro por última vez, no es que no le gustara el color de su tez, pero siempre intentaba verse más blanca, pero no al punto de verse pálida. Sus ojos estaban bien pintados, no debía preocuparse por eso. Miró sus labios y pensó que les faltaba un poco más de color, le gustaba que se destacaran y contrastaran con lo demás. El color rojo era su predilecto, aunque sabía que no era bien visto y la confundirían con una cualquiera, eso realmente no importaba en este momento, con que a él le gustara era suficiente.

Se puso de pie y se miró en el gran espejo que estaba tras la gigantesca cortina de seda que las ocultaba del salón donde atendían a los clientes. Todo estaba perfecto. La horquilla con forma de rosa que combinaba con sus labios, su cabello de corte irregular bien peinado y parejo, los mechones de su frente no alcanzaban a cubrir sus ojos y dibujaban una línea recta sobre ellos, luego, a los lados, el pelo caía en una primera capa delantera tapando sus orejas, llegaba hasta la altura del mentón; la segunda capa era más larga y se dejaba ver si la miraban de espalda, le cubría la mitad del torso. Le gustaba su cabello así, este corte lo llevaba desde que se había tenido que mudar de casa y, ahora que había huido, lo mantenía porque, además, muchas personas le habían dicho que se parecía a los cortes que llevaban las chicas que bailaban sus canciones favoritas en la tele. Quizá la única diferencia a aquella primera vez, era que, de vez en cuando, pedía que le disminuyeran el largo de la cabellera que descansaba en su espalda.

No le gustaban los vestidos apretados y de una sola pieza llenos de lentejuelas que brillaban bajo las luces, sabía que era lo normal para usar en un lugar como ese, pero a ella simplemente no le gustaban. Todas sus compañeras los usaban, con diferentes colores y distintos accesorios, pero ella no. Al principio su jefe la había tratado de convencer para que lo hiciera, pero luego le permitió vestir como quisiera. En cierto modo, pensaba que así era más entretenido, una ropa que no dejara ver directamente su figura, sino que tuvieran que descubrirla a través del roce o del descuidado tacto, eso, sin lugar a dudas, despertaría el morbo de los clientes. Pero eso solo sería mientras fuera menor de edad, luego, cuando tuviera veinte, ya no sería lo mismo, no tendría tantas regalías y atenciones, pasaría a ser una más, así que, como tal, debería vestir como

sus compañeras.

Se ajustó la falda para que no quedara ni demasiado arriba ni demasiado abajo, llevaba unas medias con encaje que le llegaban un poco más arriba de la rodilla, así que debía procurar mostrar lo justo y necesario de sus muslos. Tanto como para que él los deseara y accediera a sentarla en sus rodillas. Desabrochó los primeros botones de su camisa para mostrar algo de escote. Procuró que la remera que llevaba debajo no se notara, para que diera la sensación de que solo llevaba la blusa.

Se miró por última vez en el espejo y sintió que estaba casi lista. Contempló su busto con alegría al comprobar que aquel sostén que había comprado realmente lo aumentaba un poco. Por último, se ató un pañuelo de satín al cuello para no sentirlo tan despejado. Estaba lista, ahora solo debía esperar a que la llamaran.

Impaciente, aguardó en el pasillo bajo las luces fluorescentes, sin poder disimular la sonrisa que se dibujaba en su rostro. Ya deberían haberlo acomodado en el cubículo de siempre, así que pronto la vendrían a buscar. Como todos los miércoles esperó apoyada en la pared, mientras escuchaba los nombres de sus compañeras y las veía ir y venir continuamente. Miró la hora en su reloj de pulsera, ya había pasado demasiado tiempo, ¿por qué no la llamaban? Se cansó de estar de pie y se acuclilló, Intentó tener pensamientos positivos, quizá había ocurrido un percance, así que solo debía quedarse allí, esperando. Su corazón latía cada vez más presuroso mientras aguardaba, ¿acaso tenía miedo? La noche pasaba sin que ella se diera cuenta, dejó de mirar el reloj para no ponerse más nerviosa. ¿Acaso él se había olvidado de ella? No, aquello ni siquiera valía para formular una conjetura, es que era ridículo, él nunca la olvidaría, el nunca olvidaría a su Yeong-Mi...

Yeong-Mi continuó esperando, abrigando una esperanza en su corazón, pero en toda la noche no escuchó su nombre. Él no la había requerido.

Cuando sus compañeras volvieron al terminar la jornada de trabajo, quiso preguntarles si lo habían visto, si había venido, pero de inmediato descartó la idea, no era apropiado, no debía mostrar tal interés como para que empezaran a sospechar. Si se enteraban, no la dejarían en paz, harían cualquier cosa para evitar que se siguieran viendo, después de todo, el amor estaba prohibido. Pero no era solo por esa regla que no debía dejar que se enteraran, sino porque todas la odiaban.

La odiaban, sabía que lo hacían aun cuando nunca se lo hubiesen dicho. Podía sentirlo en el ambiente y en las vagas miradas que intercambiaban con ella. Solo algunas le habían dirigido la palabra con cierta amabilidad,

pero sabía que no lo seguirían haciendo por mucho tiempo, era algo natural, no podían luchar contra la marea. Yeong-Mi no les había hecho nada para que la odiaran, ella era incapaz de hacerle algo a alguien, solo intentaba vivir su vida como se había dispuesto a hacerlo; es más, pocas veces se preocupaba por los problemas de las personas que había a su alrededor, así que no tenía cómo hacerles algo para que la odiaran de ese modo.

–Es envidia –recuerda que le dijo una vez la *ajumma* que tenía el pequeño almacén en la esquina de la cuadra.

–¿Disculpe...? –le preguntó confundida mientras contaba los *won* para pagarle los chocolates y algodones de azúcar que había tomado. Le encantaba comer cosas dulces de ese tipo, aún seguía siendo una niña.

–Ellas, te tienen envidia –contestó mientras que con disimulados movimientos le apuntaba a la esquina del local, donde estaban las revistas. Yeong-Mi sin entender giró la cabeza en aquella dirección y se encontró a algunas de sus *sunbae* ojeando las revistas de moda y espectáculo como siempre lo hacían, para luego no llevar ninguna.

–No creo que ese sea el caso, *ajumma* –dijo con una sonrisa nerviosa. Le pasó el único billete que encontró en sus bolsillos–. ¿Por qué ellas me tendrían envidia?

–*iAigu!*, ellas te siguen mirando a tus espaldas y cotorrean como urracas, mi niña –comentó con sinceridad–. Yo veo en sus ojos que te envidian y mucho, ¿no te has dado cuenta?

–No, *ajumma*, ellas solo me odian –confesó.

–¡Claro! –afirmó mientras le entregaba el vuelto–. Su odio es producto de la envidia –aseguró.

–¿Pero qué envidiarían de mí, *ajumma*? –Yeong-Mi seguía sin entender.

–¿Acaso no te has visto en el espejo, mi niña? –Yeong-Mi la quedó mirando aún más confundida–. Ellas envidian tu jovialidad y tu belleza –señaló con completa seguridad en la voz.

Yeong-Mi nunca había escuchado algo así y, por eso mismo, nunca se había puesto a pensar en que ni siquiera existiera esa posibilidad. Es más, su escala para marcar la belleza la había determinado después de conocerla a ella, su mejor amiga. Distraídamente tomó la bolsa con sus cosas y se despidió de la *ajumma* del almacén mientras intentaba encontrarle algún sentido a todo eso. La mujer solo se limitó a reír al descubrir aquella perplejidad en el rostro de Yeong-Mi. “La próxima vez ven a comprarme un espejo y así creerás lo que te digo”, le gritó cuando

estaba abriendo la puerta y sonaba la campanilla.

Aun así, después de saber todo aquello, no se sentía orgullosa en absoluto. Sí, en cierto modo era agradable saber que te envidiaban y que te encontraban hermosa, pero no por eso se sentía superior a las demás o se llenaba de orgullo. Tal vez preferiría que las cosas fueran diferentes y que se pudiera llevar bien con ellas, así, quizá, tendría a alguien con quien hablar –y su vida social diaria no se remitiría a los breves encuentros con la *ajumma* del almacén.

Por eso, solo se podía limitar a quedarse allí, sentada, aunque se estuviera muriendo por saber si él había realmente venido o no y qué había ocurrido. Pero no podía, ni debía. Solo podía contentarse alimentando su abismante curiosidad con los cuchicheos que escuchaba por doquier. Si tenía suerte, quizá se enteraría de algo sobre él.

–Ahora lleva anillo –escuchó que hablaban.

–¿Estás segura? –preguntaba otra voz.

–Y lo llevaba en el anular –comentó una tercera.

–Quizá por eso la cambió –inquirió una de ellas.

–Siempre es difícil cuando empiezan a llevar anillo –aseguró otra que llegaba.

–El cariño... –convino con voz afligida otra que se mantenía distanciada del grupo, la reconocía, en dos ocasiones había hablado con ella antes que empezara a evitarla.

–Quién le puede tener cariño... –gruñó una voz más dura, consiguiendo dispersar el grupo con su entrada. Era Sa-Yeon, todos la respetaban y, a la vez, le tenían miedo, era la que llevaba más tiempo en el club y la que solía quedar a cargo cuando el dueño no estaba. Si fuera otro tipo de club, sería como la *Madam* del lugar-. Dejen de hablar sobre tonteras y vayan a cambiarse –les ordenó a la par que agitaba su abanico de dragones. Todas obedecieron sin rechistar-. Tú también, Yeong-Mi –dijo sin mirarla-, la función acaba de terminar. Sube a tu cuarto y ve a dormir.

–*iNe!* –respondió, colocándose de pie automáticamente. Sa-Yeon cerró el abanico y regresó al gran salón, desapareciendo tras la cortina.

Yeong-Mi subió las escaleras en silencio, pensando en todo lo que había escuchado, pero no conseguía encontrarle un sentido. ¿Uno de los clientes

se había casado o estaba comprometido? ¿Por qué todas hablaban de aquello? Definitivamente no podía tratarse de su *Oppa*, porque si él se fuera a casar sería con ella, ¿no? Después de todo nadie lo había visto, ya que no pudo encontrarlo en ninguno de los fragmentos de conversación que logró captar durante toda la noche. ¿Estaría enfermo? Yeong-Mi estaba cansada, la ansiedad la había agotado, pero aún seguía pensando en él. “Espero que no le haya pasado nada grave”, se dijo después de cerrar la puerta de su cuarto tras de sí. Ahí estaba ella, en su pequeño cuartucho mal iluminado, el único espacio de intimidad con que contaba. Su antiguo cuarto era más grande, ¿no? Cada vez que aquellos recuerdos llegaban a su mente se golpeaba con las manos fuertemente la cabeza, para ver si ya desaparecían de una vez; no le veía el caso a seguir guardando aquellas imágenes en su interior, ya no tenían valor, ni significado. ¿Aunque alguna vez lo tuvieron? Claro que sí; antes, cuando todo era diferente, modesto, pero placentero...

Yeong-Mi se sacó con cuidado las botas de taco alto y las dejó junto a la puerta. Era su arma secreta en caso de que alguien entrara en su habitación a mitad de la noche, de ese modo tropezaría y ella podría despertar a tiempo. No es que eso ya hubiese ocurrido, pero creía que podría pasar en algún momento. Después de todo, no era su casa y este no era el mejor lugar del mundo y ella no tenía un trabajo con la mejor reputación. “Por lo menos no me prostituyo”, pensó tirándose a la cama y hundiendo la cabeza en la almohada, “aunque me falta poco para llegar eso”, continuó. Se colocó en la orilla de la cama y, cogiendo el cobertor, rodó hasta el otro extremo que se encontraba contra la pared, enrollándose completamente en el cubrecama. Le gustaba dormir así, sentirse como un gusano, se sentía más calientita.

Miró su móvil que descansaba sobre el velador. ¿Y si lo llamaba para saber dónde estaba y qué sucedía? Imposible. Ni siquiera tenía su número. Era el segundo teléfono que había tenido, ella misma se lo había comprado. Al principio lo usaba para revisar su antiguo Cyworld y quitar un poco las telarañas de su Twitter, pero como con el paso del tiempo jamás vio un mensaje de quien esperaba decidió apagarlo y así lo había dejado por un largo tiempo. Y pensar que cuando se lo compró era *la crème de la crème* en tecnología. Un celular de gama alta de su marca favorita que ahora reposaba sin uso como un pisapapeles caro. Pero ya lo había pensado y lo había decidido, era inútil volver a encenderlo para buscar algo que no volvería a encontrar. ¿Por qué aún lo conservaba? Esperanza, aún la mantenía. Sabía que algún día llegaría el día y la podría volver a contactar: Todavía creía en el último mensaje de su amiga... Pero ahora tenía otras cosas en qué pensar...

Cerró los ojos para tratar de dormir y recordó que no se había quitado el maquillaje, pero tenía mucha pereza para bajar al baño y limpiarse la cara, con un día que no lo hiciera no pasaría nada. Estaba durmiendo con su ropa preferida puesta, pero eso tampoco le importó, ya mañana la lavaría y plancharía y quedaría como nueva. “Quizá la próxima semana

venga mi *Oppa*", pensó antes de suspirar mientras se daba vueltas en la cama. "Debo ser fuerte y aguantar", se dijo con convicción ya casi rindiéndose al sopor del sueño. Era de sueño fácil, así que no le costaba más de cinco segundos quedarse dormida tras colocar la cabeza en la almohada y acomodarse. "Debo ser fuerte... y paciente...", se repitió ya semiconsciente, "...aunque el colchón sigue igual de duro...", susurró perdiéndose en los sueños.

Capítulo 4

Las semanas pasaron y en vano continuó esperándolo. Sus días se volvieron cada vez más difíciles, era poco lo que podía soportar sin tenerlo junto a ella. Antes, él le entregaba fuerzas, pero ahora que había desaparecido se sentía agobiada y perdida, realmente no le encontraba un sentido a lo que estaba haciendo, si es que alguna vez lo tuvo.

Andaba distraída y en más de una ocasión había dejado hablando solos a los clientes. Se sumía en sus pensamientos, ensimismándose y por más que la llamaran y llamaran no conseguían sacarla de la evocación de aquel dolor. Muchos terminaban aburriéndose y yéndose o cambiando de compañera, otros, mucho más tímidos, aprovechaban esta oportunidad para devorarla lascivamente con la mirada, no perdiendo ningún detalle y alimentando su ardiente deseo de tomarla y marchitar su inocencia.

Fueron tiempos difíciles en que la regañaban con mayor frecuencia, teniendo siempre presente la amenaza de ser tirada a la calle, perdiendo el alimento y el cobijo. "¿Por qué estaba así?" "¿No es la *maknae*?" "¿No debería tener más energías que las demás y estar pendiente y dispuesta a aprender de sus *sunbae*? Pero no era así, nada ni nadie conseguiría levantarle el ánimo, su alegría y jovialidad, junto con todos sus sentimientos y emociones habían desaparecido y ya no era posible reconocerlos en su semblante, tan solo un profundo pesar y la agonía de una sempiterna tristeza la mantenía en pie, recordándole lo ilusa que había sido al creer en aquellas etéreas promesas de amor eterno y salvación.

Yeong-Mi había perdido todo su encanto, pero aun así era apetecida y rentable, por lo que su jefe no se atrevía a echarla y perderla.

–¿Qué había pasado con su belleza? –se preguntaban sus compañeras sin temor a ser escuchadas.

–Pero igual la sigo envidiando, a pesar de que su encanto se haya extinguido –señaló una.

–Sí –convino otra–. No entiendo cómo la siguen requiriendo –dijo con frustración.

–Todo por la edad –apuntó una tercera.

–¡Pero si parece un fantasma! –exclamaban, intentando entender la injusticia.

–No, es mucho peor que eso –les aseguraba Sa-Yeon, siempre agitando su abanico, pero ahora con un diseño diferente–. Por lo menos un

fantasma vaga en la tierra porque aún tiene un motivo para vivir, mientras que ella vive sin tener una razón para hacerlo –todas las demás la quedaron mirando–. Ha regalado su corazón y ahora lo ha perdido... –murmuró sin que la escucharan.

–*Eonni*, hablas como si creyeras en esas cosas, fantasmas... –todas rieron.

–En eso y más –respondió con seriedad dándoles la espalda, para regresar al salón–. En eso y más...

–Sa-Yeon a veces da miedo –comentó una de las mujeres, las demás asintieron. Luego, se dispersaron y volvieron al trabajo.

Un nuevo miércoles llegó y cuando ya faltaba poco para la hora de cierre, la llamaron. Presurosa se puso de pie y su rostro volvió a dibujar una sonrisa, recuperando todo aquello que había perdido u olvidado. Se miró en el espejo para asegurarse de que todo estuviera en orden, pero la verdad es que no contaba con mucho tiempo para pensar en retocarse. Tan solo quería asegurarse de que hubiese recuperado el color. Lo bueno es que justo ese día había decidido colocarse su ropa favorita, como una forma de subir su ánimo, aunque no había podido reunir la energía suficiente como para maquillarse. Por lo menos se veía presentable.

Corrió hacia la entrada al gran salón, tanto como sus plataformas se lo permitían, y descorrió la cortina expectante, deseando pronto volver a perderse entre los brazos y las palabras de su *Oppa*. Su jefe la estaba esperando, pero eso no era necesario, a pesar de que había pasado tanto tiempo, Yeong-Mi sabía a qué cubículo debía dirigirse. “Has recuperado el color, niña”, comprobó con alegría. Ella asintió con una enorme sonrisa en los labios. “Perfecto, necesitas impresionar mucho a este nuevo cliente, ha pagado bastante”. ¿Nuevo cliente? Aquellas dos palabras concertaron toda la atención de Yeong-Mi. Pero si su *Oppa* no es un nuevo cliente, quiso decirle, es cierto que se había ausentado por un tiempo prolongado, pero no por eso debían tratarlo como un nuevo cliente. “Es extranjero...”, continuó su jefe, explicando una gran cantidad de otros detalles que dejaron de ser percibidos por ella. Caminaron lentamente en dirección al cubículo al que la propia Yeong-Mi estaba por ir. “Mi *Oppa* no es extranjero”, pensó con tristeza, “él es coreano, como yo y como todos los que trabajan y viven aquí”. Poco a poco su sonrisa se fue diluyendo y el color volvió a dar paso a la monocromía de la tristeza y agonía. ¿Entonces él no había venido a buscarla? “¿Qué sucede niña?”, preguntó impresionado su jefe cuando ya se encontraban frente a la cortina de lentejuelas. “Sonríe, chiquilla, tienes que dar una buena impresión, que este hombre es importante”, le recordó, “tiene una agencia de

entretenimiento”, le susurró al oído, a sabiendas de los intereses de Yeong-Mi. ¿Acaso ella no había llegado hasta su puerta con la intención de entrar a ese mundo tan competitivo y hostil?

–Quiero ser cantante y bailarina, así como las *Eonni* de la tele –le había dicho Yeong-Mi cuando se presentó ante el dueño del club.

–Creo que has llegado al lugar equivocado, chiquilla –le dijo con sinceridad, sin ánimos de engañarla y aprovecharse de su inocencia y juventud. Aunque era hermosa, pensó en ese mismo instante–. Esta no es una agencia de talentos, es un club nocturno.

–Lo sé, *ajeossi*, pero además necesito trabajar para vivir –confesó.

–¿Y sabes lo que se hace en un *anju-in keulleob*? –interrogó a la joven.

–Claro que lo sé, *ajeossi* –le respondió sin inmutarse.

–¿Pero por qué trabajar en esto y no en otra cosa? –de alguna forma trataba de salvarla y que no cayera en este laberinto sin salida.

–Porque tal vez sea más fácil y rápido para conocer a alguien del mundo del entretenimiento –su pensamiento era simple e inocente, pensó el hombre. Claro que muchos de aquella esfera venían y frecuentaban el lugar, pero era casi imposible que la rescataran y estuvieran dispuestos a ayudarla a debutar, a pesar del talento que tuviera. Trabajar en un lugar así es un oscuro pasado que mancha corrosivamente la vida de cualquiera.

–Entonces, cuando seas famosa tienes que acordarte de este *ajeossi* que te ha dado trabajo y resguardo –le hizo prometer antes de invitarla a conocer el lugar, las reglas y su cuarto. Ella sería un éxito, de eso estaba seguro, solo debía ser cuidadoso y tratar de que no lo reportaran por tener a una menor trabajando allí.

Yeong-Mi había tratado de simular una sonrisa, pero solo consiguió que su expresión se volviera aún más grotesca. “¡Vamos!”, protestó su jefe, “colócale más esfuerzo y ánimo, que esta sí que es tu oportunidad para saltar al estrellato. Tienes que hacerlo bien”, le recordó. “¡Directo a la fama!”, exclamó antes de darle una palmadita en el trasero para su buena suerte, como les solía repetir. Yeong-Mi salió de su creciente ensimismamiento y consiguió volver un poco a la realidad. Miró a su jefe

con cierto enfado, ella detestaba aquel ritual, pero no había nada más que pudiera hacer, y protestar no era una alternativa. "Este *ajeossi*, me ha dado techo", se recordaba cada vez que sentía el fugaz toque de su palma, "además, intenta encontrarme oportunidades para cumplir mi sueño", debía dejarlo pasar, aun cuando sintiera todo aquel impulso pervertido descargarse en una ofuscada caricia. Él era un hombre, como todos.

Yeong-Mi inspiró hondo. Su jefe se acercó a la cortina para levantarla y abrirle el camino para el encuentro con el cliente. "Otro viejo verde", pensó para sus adentros, aún sin encontrarse con él, pero preparándose mentalmente para lo que se avecinaba. "Pero es extranjero, dijo el *ajeossi*. Supongo que sabrá coreano", intentó convencerse. ¿Cuántas frases recordaba de sus clases de inglés? No muchas. "*Hello, my name is Jebi*", solo bastaba con su nombre de fantasía, "*nice to meet you*". Repasó esas dos frases mentalmente una y otra vez, hasta asegurarse de que daba con la pronunciación correcta. De algo que le hubiesen servido las extenuantes noches de estudio. ¡Si tan solo recordara más!

Por primera vez en todas estas semanas, intentó focalizarse en lo que debía hacer. Al parecer entendía que esto podía ser una oportunidad grande e irrepetible. Incluso la podrían llevar a EE.UU. si lo impresionaba con su talento. ¿Pero sería bien recibida una coreana allá? Supuso que él estaría al tanto de los éxitos y la música de acá, debía saberlo, porque no le gustaba otro tipo de música y no se atrevía a cantar o bailar nada más que eso. Extrañamente la música *trot* de fondo sonaba mucho más fuerte que otras veces, ¿o acaso era su imaginación producto del nerviosismo y el cansancio que le significaba tratar de recuperar el ánimo? Volvió a respirar profundamente y trató de volver a sonreír como se lo habían pedido, después de todo era otra oportunidad, ¿no? Quizá ahora sí conseguiría salir de este agujero y no seguir ensuciando su vida. ¿Qué haría para tratar de sorprender al extranjero? ¿Cantar? No, la música estaba demasiado alta. ¿Bailar? Cerró los ojos y se aseguró de que recordaba perfectamente cada uno de los movimientos de la canción que había decidido bailar. "¡No!", se dijo mientras movía la cabeza, como discutiendo con sus pensamientos. "No hay que precipitarse. Mejor saber qué es lo que prefiere él o si trabaja en una agencia coreana y escoger el tema y el grupo correcto". Asintió con un nuevo movimiento de cabeza y se dio dos palmaditas en ambas mejillas, como intentando enfocarse en lo que debía hacer, para no cometer ningún error. Volvió a abrir los ojos y miró a su jefe, esperando alguna confirmación. Él le guiñó un ojo, como diciéndole "todo está bien, te ves hermosa y perfecta. Entra a cautivarlo".

Frente a ella, se levantó la cortina dando paso a aquella luz de neón que iluminaba blanquecinamente el interior del cubículo. Por un momento se sintió cegada y tuvo que esperar a que sus ojos se acomodaran a la

luminosidad.

Antes de entrar, y cuando sus ojos ya volvían a reconocer las formas, recorrió el interior con la mirada, buscando distinguir al hombre que la esperaba en su interior. Le pareció una alucinación, pero su silueta brillaba, reflejando la luz del interior, era eso lo que convertía a la luz tan fuerte y cegadora. Estaba vestido con un immaculado traje blanco y llevaba un sombrero de igual color. Tenía una postura relajada, como si no le importara cuánto tiempo tuviera que esperar para ser atendido. Estaba cruzado de piernas y apoyaba uno de sus brazos en la rodilla superior, con el cual sostenía su mentón perfectamente rasurado. Su rostro dibujaba una sonrisa que envolvía con una misteriosa calidez a Yeong-Mi, invitándola a entrar y haciéndola olvidar todo lo que había planeado, todas las preocupaciones y cualquier dolor que sintiera en su alma. Sus ojos eran celestes y de una profundidad abismante, como capaces de sacar a relucir por completo el interior de una persona, a la vez que se mostraban infranqueables e incapaces de ser los espejos de su alma. Su completa presencia significaba un misterio para Yeong-Mi, ¿quién era?, ¿por qué se mostraba así?, ¿por qué le parecía tan encantador? Ella misma se sintió cautivada y seducida por su simple mirada y sonrisa. Sin entenderlo, deseó acercarse tanto como para poder acariciarlo. Tal era el idilio que incluso deseó poder enredar sus dedos en la larga, brillante y sedosa cabellera oscura que llevaba amarrada bajo el sombrero. Era joven, más de que lo se había imaginado y era hermoso, pero de una manera sobrenatural.

Tuvo que usar toda la fuerza de voluntad que le restaba para frenar el primer paso. Se sentía aturdida e hipnotizada, sentía que si dejaba que su cuerpo avanzara por sí solo, sería como lanzarse sin más a la boca del lobo. ¿Pero quién era él? Volvió a cerrar los ojos y agitó la cabeza con violencia, como intentando despertar de aquella ensoñación. Quizá era eso, un sueño o una alucinación y aquel hombre delante suyo no existía y ella misma lo había inventado. Tal vez cuando volviera a abrir los ojos él ya no estaría y en su lugar vería a aquel viejo verde que se había figurado hace un instante. Escuchó la voz de su jefe con cierta desesperación, intentando apurarla para que ingresara de una bendita vez. "Vamos, chiquilla, ¿por qué te quedas parada ahí como una *babo*? No hagas esperar más al cliente". Era el momento de enfrentar la verdad.

"Da vuelta la cabeza", sintió que alguien le decía mientras intentaba abrir los ojos. Era una voz suave, como un susurro, y con un acento un poco extraño. "Mira hacia tu derecha". Yeong-Mi, sin siquiera pensarlo, obedeció y, entonces, volvió a mirar.

Todo ocurrió demasiado rápido. Descubrió aquella figura a contraluz, observándola junto al pasillo de entrada. Dio un paso adelante y sus ojos se encontraron, ambos quedaron quietos, helados, presas del asombro. Él retrocedió y ella intentó acercarse aún más, sin importarles las protestas

de su jefe que le gritaba para que entrara de una buena vez. "Hoy es miércoles", se volvió a recordar con una creciente alegría. "¡iOppa!!!", gritó con desbordante júbilo antes de que él huyera corriendo por donde había venido. Yeong-Mi no entendió el significado de aquella huida y solo se quedó ahí, esperando e intentando creer que su *Oppa* había decidido jugar un juego con ella y que pronto volvería a estar en frente suyo.

–¡iYeong-Mi!! –gritó colérico su jefe, llamándola por primera vez por su nombre frente a todos los demás.

Ella se volteó inmediatamente, sabiendo que la iban a regañar, pero no le importaba, pues había conseguido volver a verlo. Su mirada pasó de largo y, sin que Yeong-Mi pudiera controlarla, se posó en el hombre de traje que continuaba sentado en el mismo lugar, con la misma posición y expresión. Sus ojos eran tan hermosos y penetrantes. Se volvió a sentir mareada e hipnotizada, como si hubiera perdido el completo control de su cuerpo. El extraño parecía divertirse con lo que fuera que estuviera sucediendo, porque soltó una leve sonrisa, que acalló con su diestra.

"Ve", escuchó que la voz le volvía a ordenar. "¡Rápido, ve!", fue el mandato que sus pies no tardaron en acatar.

Sin proponérselo, sin si quiera pensarlo, salió corriendo del local. Los gritos y amenazas de su jefe se perdieron tras el estrépito golpe de las puertas que se cerraban a su espalda. Sin quererlo empujó al voceador que animosamente invitaba a los hombres inseguros a entrar y probar la mercancía. Escuchó un nuevo grito, pero no tenía tiempo para detenerse y pedir disculpas, tenía que continuar corriendo. No sabía hacia dónde iba, pero sabía que podía confiar en el instinto de sus pies. Lo que sí tenía claro era lo que estaba buscando, aquel motivo que la había llevado a obedecer e internarse en la noche perdida entre las luces artificiales.

Debía seguir corriendo y no parar, solo podría estar tranquila hasta que pudiera ver la espalda de su *Oppa* delante suyo.

Capítulo 5

Fue algo automático, ni siquiera tuvo conciencia del momento en que empezó a correr tras su pista. Pero cuando lo hizo, las luces de Seoul ya iluminaban sus pasos. Incluso para Yeong-Mi fue mucho más asombroso cuando lo divisó a unos cuantos metros delante de ella; era como si algo o alguien le estuviera indicado el camino que debía seguir. Al principio se sentía corriendo a ciegas, sin un rumbo fijo, como corriendo solo por correr, guardando solo la esperanza de toparse con su *Oppa*. Pero ahora se daba cuenta de que el recorrido no era tan azaroso y seguía justo el camino por el que había huido él.

Tuvo que quitarse los zapatos para apresurar el paso, le molestaban mucho para correr y, en el peor de los casos, rompería el tacón y hasta se torcería el tobillo. No le importó que los transeúntes la miraran mientras corría con el calzado en la mano. Podían llamarle loca si querían, pero ya no se iba a detener, debía seguir corriendo lo más rápido que pudiera.

“Espérame, *Oppa*”, se escuchó gritar en más de una ocasión, pero sin obtener una respuesta. No entendía por qué estaba persiguiéndolo, pero tampoco sabía por qué él había empezado a huir. ¿Qué es lo que sucedía? ¿Por qué había reaccionado de esa forma? ¿Acaso ella le había hecho algo malo? ¿O tal vez se sentía culpable por haberla abandonado por tanto tiempo y estuviera asustado de enfrentarla? Sí, había pasado mucho tiempo desde que se habían visto, pero eso no le importaba, él no tenía que sentirse culpable, Yeong-Mi entendería cualquier excusa y le perdonaría sin interrogarlo. Ella lo amaba y se contentaba con que hubiese vuelto a ella. ¿Pero por qué seguía huyendo? ¿Acaso él no se sentía feliz de volverla a ver?

Perdió la cuenta del número de callejones en los que se habían metido, pero él no se detenía. Yeong-Mi empezó a dudar si es que realmente él sabía a donde se dirigía o si había decidido hacer todo este recorrido solo para tratar de perderla. Pero ella no se rendiría, haría todo lo posible para que no aumentara la distancia entre ambos. En algunos momentos sintió miedo, en especial cuando las calles se veían menos iluminadas y era escasa la gente que se veía deambular, además no era una hora propicia para salir a correr, cualquier cosa podría suceder y Seoul, como cualquier otra metrópolis, se tornaba peligrosa de noche si uno tomaba el camino equivocado.

Por fin vio las luces de una nueva avenida transitada, de esas que lo están las veinticuatro horas, calles que nunca duermen y que no diferencian la noche del día. Sin mirar ni esperar la luz verde, él cruzó la avenida, deteniéndose en la vereda opuesta. Yeong-Mi quiso hacer lo mismo, pero alcanzó a frenar su cuerpo para evitar ser atropellada por un auto oscuro que se interpuso en su camino. Los latidos de su corazón se multiplicaron

al escuchar el estrepitoso chirrido de las llantas sobre el asfalto al frenar bruscamente. Yeong-Mi fue obligada a detenerse, solo entonces se dio cuenta de lo exhausta que estaba. Tiró los zapatos al piso, agachó su torso y apoyó las manos en las rodillas intentando recuperar el aliento. Una gota de sudor resbaló por su nariz y otras nublaron su vista. Cerró los ojos repetidas veces para limpiar su visión, hasta que por último decidió mantenerse en la oscuridad. Lo había perdido. ¡Quizá dónde había llegado corriendo! Volvió a abrir los ojos y trató de colocarse los zapatos, manipulándolos con los pies. Con un movimiento de su diestra tiró hacia atrás su larga cabellera que había caído hacia adelante. Se volvió a incorporar, recuperando el aliento y sintiendo su pulso un poco más normalizado, con eso era suficiente, no volvería a correr más durante esta noche.

Exhaló la última gota de cansancio, preparándose para iniciar la caminata de vuelta. Ni siquiera sabía dónde se encontraba, no conocía mucho de Seoul, apenas las calles aledañas al club donde trabajaba; definitivamente continuaría siendo una larga noche. Miró hacia adelante para tratar de orientarse o buscar a alguien a quien preguntarle, aunque sabía que era algo arriesgado y peligroso. Entonces, se percató que aquel auto que le había cortado el paso aún seguía detenido a unos cuantos pasos de ella. Lo examinó, parecía demasiado elegante para ser de una persona cualquiera. Era negro y tenía ventanas polarizadas. Brillaba a la luz de los faros y semáforos que parpadeaban sin utilidad. Lo escrutó con la mirada, intentando reconocer algún signo familiar, pero sabía que no estaba estacionado ahí por ella. ¿La mafia, tal vez? Pero, para su sorpresa, justo sobre el capó reconoció el rostro de él observándola detrás del auto, no se había movido en absoluto tras cruzar. No parecía molesto, pero había algo extraño en la expresión de su rostro. ¿Preocupación? ¿Miedo? ¿Ambas emociones o incluso muchas más parecidas a aquellas? ¿Pero por qué...?

–*iOppa...!* –intentó gritar, pero el sonido de la puerta al abrirse la desconcentró.

El chofer bajó y presuroso se acercó a la puerta trasera para abrirla. Agachó la cabeza en señal de respeto y esperó a que la ocupante descendiera del vehículo para cerrarla, luego solo aguardó tras la mujer a la que servía. Sus rasgos eran finos, con una nariz pequeña y respingada que descansaba sobre sus labios rígidos que intentaban disimular una sonrisa. Sus pestañas eran largas y sus ojos grandes, pero tenían un color diferente a los de cualquier asiática, mucho más claros e intimidantes. Llevaba el pelo recogido en un tomate; su cabellera era oscura con leves visos carmín que contrastaban notablemente. Traía ceñido al cuerpo un costoso abrigo de piel de coloración rojiza-amarillenta; se veía tan natural en ella que incluso Yeong-Mi llegó a pensar que se trataba de su propia piel. Ella se mantuvo de pie junto al auto observando con cierta altanería a Yeong-Mi que la miraba confundida en la acera opuesta. La mujer la miró de pies a cabeza, evaluando cada uno de sus rasgos y cada uno de

sus movimientos antes de empezar a hablar.

–¿A qué cree que está jugando, *agassi*? –preguntó con prepotencia, mientras con la diestra abría el oscuro abanico de encaje e intentaba ventilar su enojo. Misteriosamente, aquella imagen evocó en Yeong-Mi la figura de Sa-Yeon. Por otro lado, su pronunciación era extraña, no como la de una coreana nativa, ¿extranjera, quizá? o ¿criada fuera de Corea?– *Anya*. No creo que esa sea la manera apropiada de dirigirse a alguien como tú –cambió su tono–. ¿Qué intentas conseguir haciendo todo esto, mocosa?

–No comprendo... –respondió Yeong-Mi confundida, sin saber si quiera si aquellas palabras iban dirigidas a ella.

–¡No te hagas la tonta! –le gritó sin perder la forzada sonrisa–. Tú sabes a lo que me refiero. ¡Y tan vulgar que te ves! –protestó con indignación, cerrando el abanico de un golpe contra su mano izquierda.

Yeong-Mi se sintió ofendida con aquel comentario, pero no se atrevió a replicar o a tratar de defenderse, sabía que su apariencia daba para pensar algo así. Después de todo era una chica de un Hostess Club. Por lo menos no le había dicho ramera. Debía tratar de no avergonzarse, pero se sentía incómoda teniendo aquellos ojos tan persistentes sobre ella. Desvió la mirada y pasó el dorso de su mano por sus labios, intentando quitar un poco del lápiz labial, quizá así cambiaría en algo su imagen.

–Lo siento... –fue lo único que se le ocurrió decir, porque sentía que debía responder algo–. ¿Quién es usted? –le preguntó además, por último para saber quién la ofendía. Procuró seguir limpiando el labial, en especial aquel que se había corrido a su mejilla, así podría volver a mirarla a los ojos.

–¿Acaso no has visto su anillo? –inquirió la mujer con malicia, sin prestar atención a lo que le preguntaban.

–¿Qué? –exclamó Yeong-Mi confundida, no sabiendo a qué se refería.

–*Anata* –dijo sin desviar la mirada. Entonces la mujer era japonesa, por eso su extraña pronunciación. Reconocía el idioma, pero no el significado de la palabra. Era la segunda persona de ese país que conocía, pero la primera vez que escuchaba el idioma en persona. “Ella solo habló en coreano conmigo”, pensó, recordando a su antigua amiga–. ¿Por qué te sigues escondiendo? –siguió diciendo–, sé que estás ahí detrás. El hombre dejó su refugio y se encaminó hacia la mujer que lo llamaba, dejándose ver por completo y posándose ahora delante del automóvil. Yeong-Mi se quedó mirándolo, asombrada por la obediencia que mostraba

al responder tan rápidamente a la petición de la extraña.

–*Oppa* –susurró Yeong-Mi con tristeza, intentando encontrar una explicación a lo que había estado pasando toda esa noche.

–Deja de llamarlo así, mocosa –espetó la mujer, arrugando el rostro y no pudiendo aguantar más la sonrisa–. ¡Abre bien los ojos y observa! –le ordenó, mientras levantaba al aire la mano izquierda del hombre que se mostraba cabizbajo y sin ánimos.

Yeong-Mi no pudo aguantar la sorpresa al observar. Su rostro se descompuso completamente y, sin que se diera cuenta, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Sintió una dolorosa presión en el pecho y, cuando intentó suavizarla con sus manos, se dio cuenta de que era su corazón que se estaba marchitando. Intentó cerrar sus ojos con violencia y limpiar las lágrimas que se agolpaban y nublaban su visión, quizá había visto mal y el cansancio le había jugado una cruel pasada. Por primera vez rezó a todas esas deidades en las que nunca había creído para que aquello no fuera verdad, sino un montaje, una pesadilla o una alucinación. Refregaba sus ojos sin cesar, pero no podía evitar que las lágrimas siguieran saliendo. Su corazón no dejaba de latir y con cada palpitación el dolor aumentaba. En ese maldito momento se dio cuenta de lo tranquila que estaba la noche, no podía percibir ningún otro ruido más que el de las hirientes carcajadas que profería aquella mujer que sostenía la muñeca de su *Oppa*... Pero no, ya no era su *Oppa*... Todas aquellas palabras, promesas y sueños habían sido destrozados en un instante, ya no existían más que como un amargo recuerdo. El anillo dorado brillaba con insistencia, de una manera que lastimaba los ojos de Yeong-Mi, pero lo que más le dolía era ver aquella réplica engarzada en el delgado y largo dedo de la mujer que se lo enseñaba complacida. Era como un animal marcando su territorio.

–Espero que con esto haya entendido, *agassi* –sentenció la mujer con aquella falsa formalidad con que solo buscaba agravar más la herida.

Yeong-Mi se quedó en silencio consumiéndose en el dolor, dejando libres las lágrimas, pero reprimiendo el lamento. Eso era lo único que no le daría a esa mujer, el placer de verla completamente destruida y desalmada.

El chofer abrió nuevamente la puerta trasera y ayudó a que el hombre ingresara en el vehículo. Ahí se estaba yendo el corazón de Yeong-Mi, lo había dado todo y lo había perdido. ¿Qué había hecho ella? ¿Qué tan grande pecado había cometido que ni siquiera se merecía unas palabras de despedida? Añoró volver a oír su voz, aunque fuera para pedirle perdón, maldecirla o decirle que todo había sido un juego. Pero no hubo palabras, solo el silencio y la culpa que podía ver dibujados en su rostro.

–*Agassi* –volvió a hablarle la mujer con el mismo tono sarcástico–, espero que con esto aprenda a conocer su lugar en el mundo. ¡Una mujerzuela y un *jaebeol* de tercera generación! –exclamó–, debe ser un chiste.

– *Jaebeol*... –musitó Yeong-Mi confundida.

–Mocosa, no te vengas a hacer la inocente ahora –bramó irritada–. ¿Acaso creíste que podrías cambiar tu fortuna entrando a una familia *jaebeol*? *iBaka!* –le gritó en japonés–, siempre es igual, no es nada más que un juego.

Yeong-Mi estaba asombrada, jamás pensó que aquel hombre perteneciera a una familia *jaebeol*, él jamás se lo había dicho, aunque ella tampoco se habría interesado en ello. Sintió odio por aquella mujer que le gritaba. Había insultado sus sentimientos y eso le molestaba profundamente. Ella estaba enamorada, era amor verdadero el que sentía desgarrarle el corazón, jamás fue otra cosa.

Se tragó las palabras, no merecía la pena gastar saliva y energía en alguien como ella, recapacitó Yeong-Mi. Solo se quedó ahí, observando. La mujer le dedicó una última sonrisa y se dispuso a entrar en el auto. Yeong-Mi levantó la cabeza al cielo, asqueada de ver aquella desagradable figura. Entonces se percató de que el cielo estaba más limpio y que la Luna brillaba con todo su esplendor, incluso le pareció que la noche era más clara que antes. Bajó la mirada, esperando que el vehículo ya estuviera por partir y que ella desapareciera de su vista por completo, pero algo inusual llenó sus ojos. Pensó que las alucinaciones volvían a empezar:

Aquella mujer aún no entraba al vehículo, es más, se encontraba de cara hacia la Luna, con los ojos cerrados, como disfrutando de la noche y su frescura. A su pesar, a Yeong-Mi le pareció realmente hermosa.

Sin apartar la vista, notó como una leve luminosidad violeta empezaba a emanar de ella, rodeándola y amoldándose a su forma. Parecía energía acumulándose, como si se la estuviera robando a algo o a alguien... como si la absorbiera de la mismísima Luna. La mujer despertó de súbito de su trance y, volviendo en sí, reparó en que Yeong-Mi la observaba. Contrariada, se apresuró en subir al auto. Cuando quiso cerrar la puerta, algo pareció estorbarle, pero con un ágil movimiento de mano lo alejó y la cerró con fuerza. A los pocos minutos, el chofer, que había vuelto a su puesto, pisó el acelerador y se alejó virando en el primer cruce con que se topó.

Yeong-Mi se quedó allí, intentando procesar lo último que había visto. ¿Qué había sido todo eso? ¿Un truco de magia? ¿Una ilusión óptica? “Colas”, susurró, recordando aquello que estorbaba a la mujer al querer cerrar la puerta. Tenían el mismo tono violeta de aquella energía. “*Yeou*”,

susurró, pensando en lo que le evocaba aquella extraña visión. ¿Se estaría volviendo loca?

Capítulo 6

□

VERDAD

dos

Inocente. Sí, quizá había sido demasiado inocente al pensar que alguien como él realmente se fijaría en ella. Incluso concedería que le dijeran ilusa por creer todas aquellas falsas promesas y construir todas esas expectativas y ensoñaciones que se habían desmoronado sobre ella de la noche a la mañana. Hasta aceptaría que le dijeran estúpida, y cualquier otro insulto de la misma índole, por haber entregado su corazón a ciegas y no pedir nada tangible y concreto a cambio; ahora lo había perdido completamente, junto a su sonrisa y sus deseos de vivir.

Así era, Yeong-Mi podía permitir que le dijeran todo aquello y ella no rechistaría y asumiría que todo había sido por su culpa. Por su inocencia, ilusión y estupidez. Pero había una sola cosa que no podía permitir y era que la trataran como una arribista, trepadora y aprovechadora, sobre todo cuando es su sincero amor el que está en juego. Ella lo amaba, realmente lo amaba. Ni siquiera sabía que pertenecía a una familia *jaebeol*. Ella lo quería como lo conocía. Además, si se hubiese enterado de aquello antes, lo más probable es que ella misma hubiera intentado alejarse de él, pues sabía que nada bueno saldría de una relación como esa. Y aunque él estuviera verdaderamente enamorado de ella, su familia no lo aceptaría. No habría nada que hacer tampoco, no podía ponerse en contra de un *jaebeol*.

Se sentía humillada. Yeong-Mi sabía que no era nadie, pero aquella mujer se empeñó en recordárselo. A sus ojos no debía ser más que una prostituta que creía haberse ganado la lotería al conseguir un amante millonario. Se sentía herida. Aquellas mentiras habían ayudado a construir todo un mundo de fantasías que ahora nunca iba a existir. ¿Por qué él había jugado de esa forma con ella? ¿Por qué no pudo ser un cliente más que pasara por su vida? ¿Por qué a ella? La habían traicionado y desechado. Su orgullo, si es que aún quedaba algo, había sido lastimado profundamente.

Ni siquiera se molestó en mirar a su alrededor, dejó que sus pies descalzos la guiaran por todas esas calles desconocidas. Esperaba que así como la habían traído, también fueran capaces de ayudarla a regresar.

Las luces de Seoul chocaban contra su rostro mientras avanzaba con la mirada pegada al piso, pero no estaba segura de qué tan reales pudieran ser. Tal vez todo estaba en su mente y aquellas luces no estaban encendidas. Después de todo, el duro golpe la había ayudado a perder la lucidez. Era imposible que las personas pudieran brillar... pero lo había visto en aquella mujer. Quizá de eso se trataba, de volverla loca. Ambos habían conspirado para hacerlo. Pero, ¿por qué causa?

–Todos me odian –susurró levantando la cabeza. Contempló brevemente las luces de neón que le daban la bienvenida a unos cuantos metros de donde se hallaba. Por fin había regresado, sus pies habían cumplido su trabajo–. No creo que sea envidia, *ajumma* –volvió a susurrar, retomando el paso–. No tengo nada ni soy nadie para que me tengan envidia.

Continuó caminando lento, con ese paso desanimado de alguien que no tiene deseos de ir a ningún lado, pero sabe que debe hacerlo. Ni siquiera trató de apresurarse cuando reconoció a Sa-Yeon esperándola en la vereda. Esta aguardaba con desesperación, agitando el abanico con rapidez, deseando que la chiquilla apresurara el paso. ¿Acaso creía que la esperaría para siempre, con el frío que hacía?

–iEh, Yeong-Mi! –le gritó, ya no pudiendo aguantar más–. ¡A ver si te acercas de una buena vez!

–¿Eonni...? –preguntó sin emoción. Ni siquiera levantó la cabeza para mirarla. Intentó sonar asombrada de que le hablara a ella, pero no tenía fuerzas para dar con el tono adecuado.

–iSí, niña, te hablo a ti! –le respondió, como interpretando sus intenciones–. ¿Acaso hay otra Yeong-Mi por acá? ¡Trae tu trasero de una buena vez!

Yeong-Mi detuvo sus pasos al escuchar aquellas palabras. Levantó la cabeza y miró a una Sa-Yeon irritada, a punto de perder la paciencia, ya ni siquiera agitaba su abanico, sino que lo tenía cerrado y, teniendo las manos a la altura de la cadera, se daba pequeños golpes en una de sus muñecas. Yeong-Mi inspiró profundamente, intentando llenar sus pulmones con aquel aire fresco y renovado que circulaba por las calles. Sostuvo la respiración. No se había dado cuenta antes, pero hacía bastante frío. El cielo estaba despejado, pero creía que pronto se nublaría y empezaría a nevar. Era una premonición extraña, pero estaba casi segura de que se cumpliría. Necesitaba algo de nieve, necesitaba ver todo cubierto de blanco, quizá eso le ayudaría a cambiar su ánimo, tal vez le daría esperanza. Algo tan pequeño y frágil capaz de cubrir algo tan extenso. Si tan solo ella pudiera hacer lo mismo con todo ese dolor que sentía. Si encontrara, aunque sea, una pequeña alegría que se acumulara

y le ayudara a olvidar... Exhaló por fin el aire.

Retomó el camino, aumentando el ritmo y acortando la distancia que había entre ella y Sa-Yeon. ¿Por qué la esperaba?, era la primera vez que se veía en una situación como esta desde que su vida había cambiado: Alguien esperando su llegada. Esto era extraño, incluso resultaba más extraño que aquella persona fuera la fría de Sa-Yeon. Intentó mejorar lo más que pudo su expresión, no quería que le hicieran preguntas innecesarias.

–Ya me estaba muriendo de frío esperándote acá afuera, niña –gruñó con cierta molestia mientras miraba de reojo a Yeong-Mi.

–*Miane, Eonni* –respondió de forma mecánica al regaño. Ni siquiera sabía por qué debía disculparse, nunca le había pedido a nadie que la esperara, ni siquiera se lo había exigido a sus padres.

–¿Sabes en el problema que te has metido, mocosa? –volvió a regañarla con la misma indiferencia.

–*Mi-an* –era lo único que podía decir, ninguna excusa sería válida. Es más, había regresado esperando que la retaran, incluso que la echaran. “Tal vez por eso Sa-Yeon estaba esperándome”, pensó Yeong-Mi, “quizá es ella la que se encarga del trabajo sucio”.

–Será mejor que no entres –le advirtió, suavizando un poco la voz. Entonces ella solo estaba ahí para prevenirla–. El jefe está muy enojado, acabas de hacerle perder un importante cliente, quizá el más importante que haya tenido nunca.

–Estoy dispuesta a recibir el castigo –señaló Yeong-Mi con resolución.

–Niña, no sabes lo que dices –claramente intentaba disuadirla–. Lo mejor que puedes hacer es no cruzar esa puerta –apuntó con el abanico la entrada al club.

–¿Por qué? –quiso saber Yeong-Mi–. Lo peor que me puede pasar es que me eche del lugar.

–Niña, niña, niña –suspiró–. Eres demasiado inocente y escéptica como para que te atrevas a creer en lo que tus propios ojos han visto.

–No entiendo –contestó Yeong-Mi, intentando descifrar las palabras de la mujer.

–No importa, no es necesario que lo hagas –susurró Sa-Yeon–. No tiene

importancia si no cruzas esa puerta.

–Lo siento, *Eonni*, pero debo hacerlo. No puedo seguir huyendo –dijo, antes de retomar el paso y dejar a Sa-Yeon atrás–. Ya hui una vez, no lo puedo seguir haciendo por siempre –susurró, recordando el día en que decidió dejar su casa–. Debo asumir mi responsabilidad...

–No sabes lo que haces, niña –exclamó Sa-Yeon sin voltearse en su dirección–. No sabes lo que pasará si cruzas esa puerta. Yeong-Mi se detuvo y dio media vuelta, mirando la espalda de su interlocutora.

–¿Qué puede pasarme, *Eonni*, como para que te empecines en detenerme? –sentía curiosidad por la insistencia de la mujer.

–Morirás... –respondió secamente, mirándola de reojo, sin voltearse.

Yeong-Mi se quedó quieta, intentando procesar lo que había escuchado. Luego soltó una risa disimulada, la razón le había parecido demasiado absurda.

–*Eonni*, creo que has visto demasiados *hangugdeurama* –rio–. Este no será el mejor lugar para trabajar, pero tampoco es el peor. El *ajeossi* no es de ese tipo de personas. ¡Ni que estuviéramos trabajando para la mafia! –tomó las palabras de Sa-Yeon como una broma–. No conocía esa faceta tuya, *Eonni*, aunque tu humor es demasiado negro.

–Cree lo que quieras, mocosa –musitó con molestia–. Yo solo te estoy presentando tus posibilidades: Entrar o huir; morir o vivir, tú decides –volvió a abanicarse.

–Morir o vivir... –Yeong-Mi simuló sonreír–. En estos momentos es lo mismo para mí. Ya me han asesinado, de todos modos –volvió a darse vuelta y avanzó el trecho que restaba para quedar frente a la puerta. Empuñó la aza con fuerza y respiró hondo antes de abrirla.

–Al inicio la vida o la muerte te parecerán lo mismo –empezó a decir Sa-Yeon a su espalda–. Pero luego verás que la opción que has tomado te llenará de mucha más soledad. No digas que no he intentado advertirte.

Yeong-Mi dio vuelta la cabeza, buscando la figura de Sa-Yeon donde la había dejado, pero ya no estaba, había desaparecido. “Quizá así sea mejor”, pensó. Levantó la cabeza y notó que el cielo se había nublado, ocultando la Luna y las estrellas. “Puede que realmente nieve”, susurró antes de entrar al club y dejar que la puerta se cerrara tras de sí.

Capítulo 7

De lo primero que se percató fue de que el lugar seguía igual de iluminado que cuando salió corriendo. La música también seguía funcionando y parecía como si hubieran estado escuchando *trot* toda la madrugada. Estaba bastante segura de que la hora de cierre ya había pasado hace tiempo, pero no encontraba ningún indicio de que se hubiese cumplido.

Caminó por el pasillo de entrada hasta llegar al gran salón, donde se escuchaba con mayor fuerza la música de fondo. De pie, justo donde recordaba que se habían quedado antes de que huyera, estaba su jefe, de brazos cruzados y con una clara mirada de irritación. Yeong-Mi vaciló un instante, estuvo a punto de devolverse en sus pasos y hacer caso de la advertencia de Sa-Yeon. Nunca lo había visto con esa expresión, incluso creía posible la idea de morir asesinada por sus propias manos. Realmente podía dimensionar su enojo. ¿Cuántas horas llevaría ahí parado esperándola? Ni siquiera estaba segura de cuánto tiempo había pasado desde que había salido por aquella puerta a su espalda.

Aún titubeando, se acercó sigilosa hasta él. El andar descalza le ayudaba a pasar desapercibida. Quizá, si no hubiese tirado sus zapatos, el retumbar de los tacones la habría delatado al primer paso. Solo cuando pudo escuchar su agitada respiración, se hizo notar.

–*Ajeossi...* –musitó apenada.

El hombre se sobresaltó al escuchar de repente que le hablaban. Se giró y observó a Yeong-Mi parada frente a él con la cabeza hacia abajo. Se sentía realmente avergonzada.

–¡Chiquilla!! –le gritó con enfado–. ¡Hasta que te dignas a aparecer!

–*Miane, ajeossi...* –no se atrevía a levantar la cabeza.

–¿Acaso crees que con una simple disculpa basta? –la interpeló.

–Sé que no es suficiente, *ajeossi*, por eso he venido dispuesta a recibir mi castigo –dijo con sinceridad.

–¡Mocosa! –gruñó–. Si hubiese sido otro el caso, créeme que habrías encontrado tus pocas pertenencias en la calle. ¡Mira que tratarme de ese modo! –alegó–. Pero eres una chiquilla con suerte. Él –apuntando al cubículo que tenía detrás– me ha pedido que no te regañe...

–¿Él? –preguntó confundida.

–Sí, chiquilla. Él –repitió con molestia–. El cliente que dejaste plantada.

Yeong-Mi intentó mirar dentro del cubículo, pero no consiguió encontrar a aquel hombre. Al parecer se había ido. Era natural, ya había pasado mucho tiempo. Automáticamente su mente evocó su imagen y la extraña sensación que recorrió su cuerpo cuando sus ojos se encontraron por primera vez.

–¿Pero por qué haría algo así? –se preguntó en voz alta. Ni siquiera esperaba una respuesta.

–No lo sé, chiquilla. Tampoco me interesa saberlo –señaló con indiferencia–. Será mejor que le preguntes tú misma.

–¿Cómo? ¿Vendrá nuevamente? –sin darse cuenta estaba mirando a su jefe.

–No. Te está esperando ahí adentro –volvió a apuntar a su espalda.

–¿Todavía sigue aquí? –exclamó asombrada. Entonces Sa-Yeon le había mentido.

–Yo también estoy sorprendido –confesó–. Es la primera vez que un cliente espera tanto por su compañía. Debes interesarle mucho.

Yeong-Mi se ruborizó.

–No creo que sea el caso... –musitó.

–Hum –rio–. Créeme. Si no fuera así no te habría esperado todo este tiempo y no habría rentado todo el local solo para ustedes.

–¿Rentó el local? –preguntó boquiabierta.

–Hasta que amanezca –contestó.

–*iEomeo!*

–Nunca había visto tanto dinero en mi vida cuando apareció con esas maletas y me pidió alquilar el local y no regañarte –comentó–. Le dije que mejor viniera mañana y que cerraría el local exclusivamente para él, porque no sabía a qué hora volverías. O si lo harías –la miró con reproche–. Pero él insistió en que debía verte hoy. Además, estaba completamente seguro de que ibas a volver.

Yeong-Mi no podía salir de su asombro. ¿Cómo podía estar ocurriendo algo así? ¿Quién era él? ¿Por qué la estaba esperando? Nuevamente recordó aquel sentimiento de atracción que la había dominado en aquel

primer encuentro.

–¡Y más encima andas sin zapatos! –la retó de improviso, tras mirarla de pies a cabeza.

– *Miane...* –volvió a disculparse.

–¡Bueno, como sea! ¡No hay tiempo para eso ahora! Vamos, chiquilla –continuó el jefe al tiempo que le levantaba la cortina brillante para que entrara al cubículo–. Ahora haz bien tu trabajo y agradécele al cliente por tenerte tanta paciencia complaciéndolo en lo que se le ocurra –la miró fijamente–. Supongo que sabes muy bien qué quiero decir con eso.

Ella asintió, ya no se encontraba en posición de negociar o negarse. La propia Yeong-Mi se había buscado esto y, por eso, había regresado con la mentalidad de hacer lo que se le demandara. Además, ya no tenía nada más que perder. Ya le habían quitado todo, ahora era solo un cascarón vacío de todo sentimiento o emoción que pudiera parecer gratificante o hermoso. Le habían arrebatado la inocencia a través de la mentira. A costa del dolor de su corazón había despertado al mundo de la traición y la oscuridad. Por fin empezaba a ver la realidad.

Capítulo 8

La cortina se deslizó detrás de ella, ondulándose levemente hasta regresar a su posición inicial. A Yeong-Mi le gustaban más las de antes, aquellas con pequeñas esferas de plástico que sonaban al chocar. Con ellas se sentía más segura, podía escuchar si alguien entraba después de ella o, por último, estaba segura de que realmente la cortina se había cerrado, sin tener que mirar atrás y asegurarse de que no estaba expuesta a los ojos de algún fisgón ocasional.

Tal como había observado antes de entrar, aquel hombre ya no estaba en el lugar donde lo había visto por última vez. La blanca muralla brillaba intermitente, reflejando el cambio de luminosidad que bailaba en el entorno al ritmo de una canción inaudible. ¡Y es que la música *trot* fuera del cubículo sonaba tan fuerte! La televisión debía de estar encendida y las canciones de karaoke debían estar sucediéndose una tras otra, pero nadie las escuchaba, solo estaban ahí para acompañar el ambiente.

Yeong-Mi miró hacia su izquierda y comprobó que el aparato estaba encendido: "I Go Crazy Because of You" de T-ara. Con tan solo ver el MV le daban ganas de bailar la canción, obviamente que se sabía la coreografía, y no hacía falta que escuchara la música para seguir los pasos; es más, la melodía sonaba inconscientemente en su cabeza.

Junto al televisor, sentados, dos rostros la escrutaban divertidos. Ni siquiera intentó desviar la mirada, sino que la mantuvo sobre aquellos pares de ojos que tenía de espectadores. En la esquina se encontraba aquel misterioso hombre que la hipnotizara con su mirada anteriormente y, a su lado, otro que le contrastaba con su traje oscuro y corbata burdeo. A diferencia del primero, este tenía unos marcados rasgos orientales, aunque no alcanzaba a distinguir su nacionalidad. Ellos cuchicheaban entre sí con una voz inaudible, tampoco alcanzaba a leer sus labios, quizá fuera por la inestabilidad de la luz, pero, en apariencia, sus movimientos eran demasiado rápidos como para seguirlos y leerlos. Al parecer Yeong-Mi estaba cumpliendo bien su labor de entretenerlos, podía verlo en aquellos rostros sonrientes llenos de complicidad. Pero, en el fondo, ella sentía frustración. No había hecho nada, solo ingresar en la habitación y ya se había transformado en el centro de su atención; se reían, disfrutaban, ¿pero de qué? ¿Acaso solo la habían solicitado para reírse a expensas suyas? Ella no se atrevió a romper la línea invisible que la separaba de aquellos dos hombres, esperaba que fueran ellos los que dijeran algo primero. Por lo menos, tenía un cierto orgullo que defender, además, ellos la habían escogido, ¿no?

–La estábamos esperando, *Nuna* –dijo sin previo aviso el oriental en

coreano. Ambos hombres intercambiaron una mirada y se pusieron a reír.

–¿*Nuna*? –repitió Yeong-Mi confundida. Lo repasó con la mirada de pies a cabeza. Debía de ser un tipo de broma, ¿no? Él parecía mucho mayor que ella.

–No te engañes, *Nuna*, soy meses menor que tú –le indicó antes de volver a prorrumpir en carcajadas.

Yeong-Mi se sintió molesta y ofendida, no podía creer que la hubieran llamado solo para burlarse de ella. Los miró con enojo, pero ninguno pareció prestarle atención.

–Si es todo lo que quieren de mí –empezó a decirles–, entonces mejor me retiro –sin esperar respuesta, dio media vuelta y se dispuso a levantar la cortina.

–¡Espera, *Nuna*! –le gritó el chico completamente serio. Yeong-Mi se volteó solo porque le pareció extraño aquel repentino cambio en su voz. Los miró con cierto resquemor, no estaba muy segura de que esta vez se fueran a comportar de verdad–. Es importante que te quedes –le aseguró.

–Haré el intento –señaló con indiferencia, quería demostrarles que se había sentido afectada por lo de recién. Sin decir otra palabra más, se acercó al sillón acolchado que estaba frente a la entrada y se sentó a esperar que le explicaran por qué era importante que permaneciera allí.

Los miró con impaciencia, ya que ninguno de los dos hombres decía nada. El extranjero le susurraba cosas al oído al otro y este solo se remitía a asentir con la cabeza. Pero no hubo más risas, eso la calmó un poco.

–Estamos aquí para conversar... –le indicó el muchacho, pero la frase quedó interrumpida. El hombre de blanco seguía diciéndole cosas al oído, desviando su atención. “Quizá sea su intérprete”, pensó Yeong-Mi, “después de todo es extranjero. ¿Pero por qué un intérprete tan joven?”–. ¿Pero estás seguro de eso? –preguntó el chico, Yeong-Mi pensó que la pregunta iba a dirigida a ella porque continuaba mirándola, pero luego se percató que iba para el hombre.

–¿Qué sucede? –quiso saber ella. Se sentía mal porque la tenían allí y no la incluían en la conversación.

–No sé, no estoy seguro de esto –volvió a hablar, pero esta vez mirando a su izquierda. El extranjero continuaba hablándole, pero Yeong-Mi no alcanzaba a escuchar nada–. Como quieras –dijo poniéndose de pie–, pero yo prefiero no involucrarme en esto. Si me hubieras contado todo desde el

principio no te habría acompañado.

El chico se despidió con un simple movimiento de brazo de su compañero y se dirigió hasta la salida. El extranjero parecía que aún continuaba hablándole, pero Yeong-Mi pensó que aquello era absurdo, si ella no escuchaba desde donde estaba, menos lo iba a hacer el muchacho.

Antes de salir, el joven se volteó a mirarla. Yeong-Mi se sobresaltó al volver a ver sus ojos sobre ella.

–Recuerda, *Nuna*, la decisión está completamente en tus manos –le señaló, mirándola fijamente a los ojos. Ella se sintió mareada, nuevamente creía que estaba a punto de caer hipnotizada. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Ahora cualquier hombre podía encantarla de esa manera? Pero él era menor...–. Piensa bien las cosas antes de aceptar. Este no es un juego –le aconsejó–. Aunque, si terminas cediendo, quizá nos volvamos a ver –le guiñó un ojo.

Yeong-Mi se ruborizó automáticamente. Se palmeó el rostro un par de veces para tratar de entrar en razón. Se sentía estúpida por haber reaccionado de esa manera por dos razones: Primero, por haber recibido el consejo de alguien menor que ella y, segundo, por haberse ruborizado por culpa de alguien menor que ella. Eran dos cosas diferentes, pero el motivador era el mismo, él era menor. No se atrevió a seguir mirándolo a los ojos.

–No creo que *ella* se enfade porque decida no participar en esto –continuó hablando el chico, pero dirigiéndose a su compañero que seguía murmurando cosas–. No te preocupes, no haré nada para detener el curso de las cosas –terminó de decir con una fingida sonrisa antes de desaparecer tras la cortina.

Cuando Yeong-Mi logró recuperar la compostura, levantó la cabeza y notó que el extranjero la miraba complacido. Ella intentó disimular que aún estaba enojada, pero no le funcionó, así que decidió desviar la mirada.

–¿Y qué tal resultó tu persecución? –aquella cálida voz la envolvió sorpresivamente. La volvía a escuchar, la reconocía, antes ya la había oído, pero no de esta manera. Antes, cuando le ordenó que saliera corriendo le había parecido inmaterial e, incluso, producto de su imaginación, pero ahora le parecía completamente real, como si estuviera junto a ella. Volteó la cabeza sin ocultar su sorpresa y miró al extranjero que continuaba en la misma posición, mirándola sonriente. No parecía que le hubiese hablado.

–*Yu... You?* –pronunció tímida y titubeante–. *Yu... You speak wit my?*

–definitivamente su inglés no era bueno.

El hombre rio, pero no con la intención de burlarse. Yeong-Mi agachó la cabeza y murmuró un apenado *miane*.

–Yo tampoco hablo inglés –le respondió el hombre en un perfecto coreano. Yeong-Mi se sorprendió aún más y no porque aquel extranjero dominara su lengua tan bien como ella, sino porque aquella voz envolvente le pertenecía.

–¡Tú! –exclamó.

–Y bien... –empezó a hablar ignorando la reacción de Yeong-Mi–, ¿me contarás cómo te fue en tu persecución? –ella lo miró como preguntándose por qué debía hacer algo así–. Es lo mínimo que puedes hacer después de tenerme esperándote por tanto tiempo –le advirtió, como respondiendo a sus pensamientos.

–Tú acabas de... –intentó preguntar incrédula.

–De leerte el pensamiento –completó la frase sin borrar aquella sonrisa ansiosa–. Y puedo hacer muchas otras cosas más que te mostraré si tú me cuentas cómo te fue en tu persecución.

–Pero... –Yeong-Mi intentó ordenar sus pensamientos y recuperar su aplomo antes de continuar–. Pero si puedes leer mis pensamientos, no creo que sea necesario que te cuente lo que pasó, pues tú mismo lo puedes ver, ¿no?

El hombre volvió a reír, pero esta vez de forma mucho más exagerada, realmente divertido por el tono desafiante de Yeong-Mi.

–Me gusta tu actitud –la alagó–, pero lamentablemente no es así como funciona mi magia. Si realmente pudiera entrar a la mente de la gente como tú piensas, no sería lo que soy y, tal vez, estaría en algún canal de televisión, como la KBS o SBS, haciendo magia en shows de variedades.

–¿Y qué eres? –le preguntó, intentando entrar en su juego y tratando de desviar un poco la conversación. Tenía toda la noche si fuera necesario para conversar con aquel hombre, así que se sentó contra la pared perpendicular a la que él se apoyaba. “Quizá esto me entretenga y me ayude a olvidar...”, pensaba ella.

–No creo que esto funcione, *querida* –señaló, vislumbrando las intenciones de la joven–.

–¿Qué no va a funcionar?

–*Querida*, te dije que no puedo entrar a la mente de alguien, pero puedo leer lo inmediato; las intenciones que cruzan por tu cabeza –afirmó.

–¿Y cuál sería mi intención según lo que has leído?

Él continuaba asombrado ante la incredulidad de la chica, le parecía divertida e inocente a la vez. Ahora sí estaba completamente seguro de que ella era la indicada. Había que dar el siguiente paso, aunque ahora que la veía y conocía deseaba no tener que acabar con su inocencia. Pero no había otra forma de hacerlo...

–Quién soy... –empezó a hablar– Qué soy... Por qué estoy acá... Qué viste... Qué viviste... Son todas preguntas que están relacionadas. Así que necesariamente hablaremos de aquello que deseas olvidar... Es más, vengo a ofrecerte una explicación y una alternativa...

Yeong-Mi sintió que se le oprimía el corazón al recordar, fugaz y atropelladamente, todo lo que vivió, vio y experimentó aquella noche. Se imaginó a aquella mujer abrazando y besando a su *Oppa*.

–La evocación puede ser dolorosa –volvió a hablarle–, pero hablar sobre el problema puede ser una vía para su desahogo.

–¿Qué has visto? –le increpó con rudeza. Se extrañó un poco al reconocer su propia voz tan alterada. Tal vez había hecho mal, después de todo él solo quería ayudarla. Pero debía ganarse su confianza, ¿no?

–Solo he visto una posibilidad, lo mismo que veo y leo siempre... posibilidades... Pero la diferencia es que esta vez tú me la has mostrado de una forma mucho más nítida.

–¿Pero una posibilidad no sería más que suficiente para obtener una explicación? –comentó recuperando la calma.

–Los hechos son siempre una mejor vía para hilvanar las respuestas a nuestras preguntas, *querida*.

Ella lo quedó mirando, aún dudosa de si estaba bien confiarle algo tan personal y doloroso a un completo extraño. Pero ya que habían llegado hasta ese punto y él se ofrecía amablemente a darle explicaciones, no debía desaprovechar esta oportunidad. Tan solo le restaba ser fuerte y no quebrarse ante un desconocido.

Él consiguió leer aquella luz en su mente, lo había conseguido. Por fin había logrado que la duda se abriera paso por el camino de la verdad y la confianza. Ahora solo restaba escuchar e intervenir.

Capítulo 9

Respiró profundamente cuando terminó de narrar lo que había sucedido.

–Interesante... –musitó el hombre, mirando hacia el techo. Rápidamente, intentando disimular el movimiento, se enjugó las porfiadas lágrimas que se empeñaron en salir. Deseó que él no se diera cuenta de esta señal de fragilidad que exponía su cuerpo.

–¿Interesante? –repitió incrédula-. ¿Qué tiene de interesante? ¡No es interesante! –gritó, intentando volver a captar su atención-. Es... doloroso... –su voz por fin se quebró, había intentado evitarlo mientras rememoraba aquel momento, pero otra vez lo sentía... aquel dolor agudo que punzaba en su pecho mientras el amor de su vida se iba con otra.

–Tranquila, *querida* –intentó calmarla con una amable sonrisa-. No me malinterpretes... Entiendo cómo te debes sentir. Es terrible lo que te han hecho. Y doloroso, como me dices.

A duras penas se tragó el hiriente nudo que se le había formado en la garganta, intentando recuperar la voz, entre todas aquellas laceraciones que dejaba en su garganta el recuerdo.

–Entonces, ¿qué es interesante? –preguntó por fin.

–La evocación... la imagen... –empezó a hablar, como perdido en sus pensamientos– La metáfora... la comparación... el acierto...

–¿Qué metáfora? ¿Qué acierto? No entiendo lo que me quieres decir.

–La última imagen que vino a tu cabeza mientras me relatabas lo que había sucedido. Fue tan vívido el recuerdo...

Yeong-Mi volvió a rememorar aquella imagen, para ver si entendía qué la hacía tan interesante...

La luz de la luna brillando majestuosamente en el firmamento...

Las nubes se han dispersado, dejando limpio el cielo y permitiendo que los argénteos rayos se reflejen en la tierra...

Hace frío y mi respiración es pesada. Siento mis músculos cansados

después de haber corrido tanto tiempo tras un amor imposible...

Mi cabeza cae con resignación para observar el momento de la despedida que la mismísima Luna ha venido a coronar...

La veo a ella, perdida en la misma visión que me había mantenido ocupada hace poco. Mirando la noche. Admirando los invisibles rayos que parecieran fundirse en su cuerpo.

Brilla. Pero no es solo su belleza madura la que la hace deslumbrar. Es otra cosa. Un aura sobrenatural. Una delgada capa visible que la envuelve y destella al compás de su respiración...

¿En qué momento aquellos imperceptibles rayos se volvieron violeta? Pero allí están, realzando su belleza...

De súbito, todo se disipa, como si nunca hubiera existido y solo hubiese tenido cabida en mi imaginación...

Me mira. En su rostro puedo ver una mezcla de arrogancia y perturbación. ¿He descubierto un secreto que nadie más debería conocer...?

Rápidamente se voltea y sube al oscuro coche, que aún la espera.

Una última mirada.

Un breve segundo.

Un nuevo destello.

Una metamorfosis. Por un momento todo parece distinto. Su mirada salvaje me contraría. Aquella luminosidad que la envuelve. Aquella forma que parece irreal.

La cola...

Un zorro...

Abrió los ojos impactada, como despertando de un trance que la había mantenido observando aquella fotografía inexistente. Un recuerdo confuso que ni siquiera había tomado en cuenta cuando le relató la historia.

–Zorro... –murmuró, entendiendo lo que le había parecido interesante a

aquel hombre.

–Así es –asintió–. Ahí está la clave de todo, *querida*.

–No entiendo cómo eso puede ser la “clave de todo” –señaló incrédula–, si no es más que una ilusión... –en su mente, no podía ser de otra forma.

–Debes aprender a confiar más en lo que tienes frente a tus ojos
–contestó el hombre con calma, con completa seguridad en lo que decía.

–¡Pero eso es imposible! ¡Algo así no puede existir! –Yeong-Mi no podía creer que le estuviesen pidiendo que creyese en eso.

–¿Algo como qué...? –preguntó el hombre con una amplia sonrisa en la cara.

Ella lo miró. La calma y la diversión que expresaban sus ojos la estaban volviendo loca. Sintió un sudor helado perlar su frente. ¿Por qué su cuerpo reaccionaba de esa manera? Tragó saliva. No podía creer que él le estuviera pidiendo que dijera eso. Era demasiado irreal. Era una ocurrencia demasiado vergonzosa como para decirlo...

Agachó la cabeza, sin atreverse a responder.

–¿Algo como qué...? –repitió él aún más interesado.

Yeong-Mi murmuró algo. Pero fue demasiado bajo como para que cualquiera lo escuchara. Pero él lo había oído, de alguna manera estaba segura de eso.

–No escucho, *querida*.

Aquel acento extranjero y aquella palabra sin sentido para ella la terminaron de desesperar. Apretó los dientes con fuerza, cerró los ojos y los puños, como reuniendo valor, antes de gritar:

–¡¡COMO UNA GUMIHO!! –dijo al fin. De inmediato se tapó la boca, muerta de la vergüenza al oírse nombrar aquel monstruo de fantasía.

Por fin se atrevió a mirar al hombre de reojo, podía imaginar lo divertido que estaría con aquel disparate. Sin quitar las manos de su rostro, separó el índice y el anular de su diestra para mirar. Ahí continuaba él, aún mirándola, con aquella misma sonrisa en los labios. Miró sus ojos y entonces lo entendió. No era diversión lo que le provocaba este extraño juego; lo estaba disfrutando. Era como si le excitara escuchar aquello que le contaba Yeong-Mi.

Aturdida, tras darse cuenta de lo que sucedía en la cabeza de aquel hombre, bajó lentamente los brazos, dejando al descubierto su rostro

pálido que ya había borrado todo rastro de rubor. Ahora se sentía más tonta que antes.

–Esto es una completa pérdida de tiempo –gruñó Yeong-Mi molesta y poniéndose de pie–. No me importa si me terminan de despedir por dejarte solo...

–¡Espera...! –le pidió el hombre. Pero ya era demasiado tarde. Yeong-Mi estaba a punto de salir del cubículo.

–Las *gumiho* existen –dijo con completa seguridad. Yeong-Mi detuvo sus movimientos, la cortina semiabierta sobre su cabeza, brillando. Esto había llegado al límite de lo irracional.

–¿Qué?! –exclamó sin dar crédito a lo que había escuchado. Se volteó para mirarlo.

–¿Jebi?, creo que ese era tu nombre acá, es gracioso –comentó–. Como sea, Jebi, toma asiento y hablemos –le dijo sin mover los labios y con un simple movimiento de su brazo. Estaba segura de que aquella voz solo había sonado en su mente.

–Dime Yeong-Mi... –le pidió sin dejar de mirarlo y con cierta molestia, no le había gustado que se burlara de su apodo.

–Yeong-Mi, toma asiento –repitió sin volver a mover los labios. Ella le hizo caso sin titubear, aún fascinada con lo que estaba sucediendo. “Él puede hacer eso también”, recordó–. Debes aprender que en este mundo existen cosas que se alejan completamente de lo que conoces...

–Pero estas son cosas diferentes... –trató de justificarse.

–Sé que no será sencillo terminar con ese escepticismo natural –volvió a mover los labios–. Pero, créeme, esto es la clave para que puedas entender lo que sucede.

–Entonces explícame... –le pidió– Y no empieces a jugar conmigo de nuevo...

–Vladimir –se presentó, adivinándole el pensamiento–. Es cierto que en ningún momento tuvimos tiempo de presentarnos.

–B... la...di... –intentó pronunciar a duras penas.

–Dime Vlad, es más corto y fácil –le guiñó un ojo.

-Bueno, *Beu..ladeu* -consiguió decirlo-, te escucho.

-Tus sentidos te han dicho la verdad, como te comenté, lo que has visto es una *gumiho*.

-Como la de la leyenda... -rio sin poder creerlo del todo.

-Exactamente -exclamó con seguridad-, pero no tan fantástica, sino que más terrenal.

-¿Cómo es eso?

-*Gumiho* en Corea, *kitsune* en Japón, *huli jing* en China, son diferentes nombres que ha adquirido en Asia Oriental un mismo fenómeno: Antropomorfia.

-¿Antropo qué? -preguntó confundida, pensando que se trataba de algún tipo de trabalenguas.

-En palabras simples, animales que pueden transformarse en humanos -le explicó sonriente-. En este caso, zorras que toman apariencia humana.

A la mente de Yeong-Mi volvieron aquellas confusas imágenes que intentaba renegar. La luna brillando y descubriendo aquella salvaje forma... La luz plateada... Las colas... La evocación del animal... *Yeou...*

-Como en la leyenda... -reiteró, sin terminar de convencerse.

-Sí, pero las *gumiho* "reales" solo pueden transformarse en mujeres -precisó.

-¿Y quieres que me crea esto? -preguntó molesta, creyendo que le volvía a tomar el pelo.

-En Occidente existe lo contrario, ¿sabes?, Licántropos, humanos que se transforman en lobos, zoomorfos.

La imagen llegó directamente a la mente de Yeong-Mi. El odio, la furia, el cambio. Fue una visión horrible que la obligó a gritar y cerrar los ojos. ¿Qué era eso que estaba viendo? Un hombre deformándose, adecuándose a una nueva naturaleza. Aquellos ojos dorados sanguinarios mirándola. Aquel jadeo salvaje buscándola. El pelaje cobrizo había brotado por doquier, dándole forma animal a aquel hombre perdido en el rencor.

-¡¡Detente!! -gritó Yeong-Mi, sabiendo que Vladimir la estaba obligando a

ver eso.

–Yo mismo he visto su transformación. He tenido a un licántropo frente a mí. Aquello es un recuerdo –le explicó–. No es una experiencia muy placentera, como verás. Me hubiese gustado mostrarte la transformación de una *gumiho*, pero nunca he tenido la oportunidad de presenciarlo –terminó de agregar.

La imagen se disipó y Yeong-Mi volvió a sentirse en aquel cubículo. Por un momento se había sentido desorientada, creyendo que la habían transportado a quién sabe dónde. Pero continuaba allí, bajo las luces de neón, frente a aquel mismo hombre vestido de blanco. El animal había desaparecido también, convirtiéndose en un horrible recuerdo de algo que jamás vio realmente, de un suceso que jamás experimentó.

–Eso no puede ser... –exclamó alterada, con el corazón a mil por hora.

–Pero así es, *querida*. Hay muchas cosas en este mundo que aún no conoces, pero que poco a poco podrás ir descubriendo.

–¿A qué te refieres con eso? –lo miró extrañada, ya recuperando el aliento–. ¿Por qué podría o debería descubrir todo aquello?

–Como te señaló mi compañero cuando llegaste, estamos aquí para conversar –Yeong-Mi recordó las palabras de aquel encantador chico–. He venido a ofrecerte algo y tú deberás tomar una decisión.

–Sí, recuerdo que él me dijo que la decisión estaba en mis manos. ¿Pero qué decisión? –quiso saber.

–Intentar recuperar lo que la *gumiho* te ha quitado –apoyó los codos en ambas piernas y los levantó para sostener con el dorso de sus manos entrecruzadas su mentón. La observaba atentamente, vigilando cada una de las expresiones de Yeong-Mi.

–¿Lo que me ha quitado...? –repitió confundida–. ¿O... *Oppa*...? –se atrevió a decir con un hilo de voz producto del dolor.

–Ella te lo quitó, ¿no? –intentó avivar el fuego.

–¿Cómo sé eso? Quizá él se quiso ir con ella –era una posibilidad, por dolorosa que fuera.

–Piensa en las características que conoces de una *gumiho* cuando se transforma en mujer–le pidió.

–¿La belleza? –señaló. Vladimir la conminó con la mirada a seguir pensando–. La seducción... –susurró, dándose cuenta de lo que le había

querido decir: "Se lo habían quitado"- . La capacidad de seducir a los hombres...

-Perfecto. Por un lado te ofrezco eso, la oportunidad de recuperarlo, y, por el otro, la posibilidad de salvarlo.

-¿Salvarlo? -iteró, identificando el nuevo enigma.

-Vuelve a pensar, ¿qué más sabes de las *gumiho*? -Yeong-Mi en vano intentaba recordar otra cosa-. ¿De qué se alimentan, por ejemplo?

-Hígados humanos... -exclamó automáticamente. ¿Cómo había podido dejar pasar aquella información tan importante? -. ¡No puede ser! -gritó alterada.

-Pero lo es, *querida* -le confirmó, mientras se incorporaba-. Por eso estoy aquí... -caminó hacia ella y le tendió la mano- para ofrecerte mi ayuda y una oportunidad.

Yeong-Mi levantó la cabeza asustada. Titubeó, no sabía bien de qué se trataba todo esto. Ni siquiera estaba muy segura de que todo esto fuera real, pero estos últimos minutos le habían sonado muy convincentes, en especial si implicaban la vida de su *Oppa*.

-¿Quién eres? O ¿qué eres tú que vienes a ofrecerme semejante ayuda -preguntó asustada.

-Digamos que solo un ángel que ha caído en tu camino y amablemente te ofrece su fuerza para luchar contra la oscuridad.

-¿Qué pasa si rechazo tu oferta?

-Pues me iré por donde vine y no te volveré a molestar -respondió-. Tampoco intervendré en el asunto de tu hombre y la *gumiho*.

-¿O sea que todo está en mis manos? -comprendió al fin.

-Exactamente, *querida*. En este momento tienes el poder en tu decisión.

-¿Y crees que podré hacer algo contra ella?

-Por lo menos podrás hacer más que siendo una simple humana -le dijo con sinceridad.

-¿Y qué ganas tú a través de esto? -era una pregunta necesaria, pues le parecía extraño que de la nada surgiera para ayudarla. Vladimir la miró, mostrando nuevamente aquella sonrisa llena de

excitación.

–Por el momento te diré que el placer de evitar que una flor se empiece a marchitar –tomó delicadamente su mentón y lo levantó para provocar un contacto visual directo.

Yeong-Mi rápidamente se zafó y agitó la cabeza, como una forma de evitar caer rendida en aquel embrujo que la había seducido al inicio, cuando lo vio por primera vez. Vlad rio maliciosamente al ver que su rostro se encendía.

–Si aceptas mi propuesta y detenemos a la *gumiho* –continuó diciendo–, te pediré un favor a cambio. Pero todo a su debido tiempo –volvió a tenderle la mano–. Entonces, ¿qué decides?

Yeong-Mi agachó la cabeza para pensarlo por última vez. Aún no terminaba de convencerse de todo esto, le parecía tan fantástico, tan irreal, que incluso se avergonzaba de aceptar de buenas a primeras la oferta. Además, ¿qué podía hacer ella contra un “monstruo” como aquel, si no era más que una adolescente cualquiera? Pero si él podía hacer eso con su mente, quizá realmente le podría ofrecer algún tipo de ayuda, pensó. ¿Debía confiar?

Finalmente, temblando, se atrevió a estrechar la mano que le tendía Vladimir. De inmediato volvió a levantar la mirada al sentir aquel gélido contacto. ¿Qué sucedía con él?, pensó. Adentro del local la temperatura estaba temperada, si hubiesen estado conversando a la intemperie quizá le hubiese parecido lógico que su mano estuviera tan helada. ¿No le dolerá?, volvió a preguntarse, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. No parecía que estuviera vivo, eso la asustó.

Vladimir sonrió al escuchar el pensamiento de Yeong-Mi, pero no dijo nada. La invitó a levantarse y a acercarse al centro del cubículo. Él la rodeó con un movimiento grácil y rápido. Se ubicó a sus espaldas, donde ella no lo pudiera volver a ver.

–Supongo que eso es un sí –pidió que le confirmara.

–S... Sí, acepto tu oferta –asintió temerosa, aún pensando en la temperatura de su piel.

–Buena chica. Haz realizado una sabia elección –la elogió, susurrándole.

Yeong-Mi sintió los brazos de Vladimir deslizarse por su vientre, mientras dibujaban un suave abrazo que, irónicamente, la aprisionaba junto a su decisión. Sintió su forzada respiración sobre su cuello; era como si fingiera estar inhalando y exhalando el aire. Pero aun así era un ritmo suficiente como para hacerle sentir aquel cosquilleo que alborotaba su corazón.

Era una mezcla extraña la que albergaba su pecho, ansiedad y miedo. Sabía que algo iba a suceder, pero no se podía imaginar el qué. Solo deseaba que esto terminara pronto, ya fuera un sueño o una pesadilla.

El pañuelo que cubría su cuello, desatado, cayó ligeramente a sus pies. Ella, no pudiendo aguantar su ansiedad, siguió aquel movimiento irregular hasta que terminó de posarse en el piso.

–Bienvenida a mi mundo –Vladimir le sopló las palabras al oído antes de que Yeong-Mi sintiera aquel delicioso calor en su cuello. La sensación fue mucho más placentera de lo que se habría imaginado.

Se había perdido, completamente se había perdido entre aquellos brazos que la acariciaban y la aprisionaban a la vez. Solo se dejó llevar por la excitación del momento, por aquel dolor agudo que no la martirizaba, sino que la llenaba de placer.

Luego de un instante, a su pesar, aquella sensación se disipó tan rápido como había llegado. Cuando volvió a recuperar la conciencia, sintió su cuerpo arder de una manera extraña. Era como si un impulso de calor que emanaba desde su cuello la recorriera por completo a través de cada una de sus venas. Se sentía invadida, deseaba luchar, pero no podía hacer nada contra aquellos brazos que la sujetaban, quería gritar pero sentía que su propia voz se extinguía en el mismo momento de concertar el grito.

Su visión se nublaba cada vez más, mezclándose las siluetas de los objetos que la rodeaban hasta formar algo irreconocible y amorfo.

Una vida que no era suya...

Luego un recuento de su presente...

Finalmente el recuerdo de su pasado...

Oppa... susurró Yeong-Mi antes de caer sangrante al piso cuando aquellos brazos dejaron de sostenerla.

Seul-Yi... fue lo último que consiguió musitar, como evocando un eco del pasado antes de entregar su último aliento de vida. Por un instante vio su imagen sonriéndole y despidiéndose efusivamente en la parada del autobús, con su pelo corto y oscuro. Luego todo simplemente desapareció, sumiéndola en la más absoluta de las tinieblas.

Capítulo 10



AMISTAD

tres

Hasta ese momento había pensado que tenía una vida feliz. Nunca nada me había faltado y no es que tuviéramos lujos, pero mis padres se esforzaban por darme todo lo que necesitaba. Bueno, tampoco yo pedía grandes cosas, con que estuviéramos los tres juntos era suficiente.

Era una vida sencilla, común, que nadie envidiaría. Pero de la cual yo estaba orgullosa. Si hasta hubiese podido ufanarme de ello frente a todos los problemas que me relataban mis amigas de mi misma edad. Nunca había tenido que preocuparme de nada fuera de lo normal –si consideramos que mis cambios hormonales y propios de la adolescencia eran lo normal–; siempre me enteraba primero de la solución y luego del problema.

El mundo de mis amigas, para mí, era algo misterioso. ¿Cómo podían decir que se llevaban tan mal con sus padres? ¿Acaso vivíamos en diferentes mundos? ¿En universos paralelos que se habían mezclado solo para mostrar el contraste de su realidad y la mía? Yo jamás hubiese pensado en guardar rencor hacia mis padres, menos odiarlos, no había ninguna razón para hacerlo. Además que ellos me amaban más que a su propia vida, lo podía percibir en cada uno de los incontables momentos que pasábamos juntos, en familia, sonriendo bajo las estrellas mientras disfrutábamos un plato de bibimbap o de bulgogi.

Pero mi vida dio un brusco giro cuando terminé la *jung hakgyo* en Jeonju , mi ciudad natal.

¿Qué había sucedido?

Estaba a punto de dar el paso más importante de mi vida, debía escoger a qué escuela secundaria superior asistiría. La verdad, no había mucho que decidir, desde hace tiempo que ya había realizado mi elección, solo me gustaba acompañar a mis amigas en la angustia de la indecisión. Ellas me agradecían el gesto, aunque también sabían que mi camino lo había

tomado hace mucho; es más, ellas mismas me arengaban a recorrerlo.

–Te pasarías de tonta si no fueras a una Escuela de Artes –solía recordarme Seul-Yi cada vez que íbamos a tomarnos una copa de helado o un glaseado de frutilla después del colegio.

–¿Tú crees? –le preguntaba simulando poco interés en lo que me señalaba.

–*iBabo!* –me gritaba sin perder de vista su postre–. Estás pintada para entrar allí, ¡si lo tuyo es el canto y el baile, *Eonni!* –yo era mayor que ella.

Me gustaba escuchar aquellas palabras, por eso me mostraba indiferente sobre mi futuro, porque me encantaba que reconocieran mi talento y me instaran a recorrer aquel camino que desde pequeña me había motivado.

–Me gustaría bailar como las niñas de la tele –recuerdo que dije alguna vez cuando era pequeña sin despegar los ojos de la caja mágica que para mí se mostraba como un portal al futuro. Mi madre me sonrió y me abrazó, como diciéndome “podrás hacer todo lo que quieras”. Fue ese gesto, tan simple y sencillo, el que me entregó las llaves a tan temprana edad para atreverme a abrir la puerta hacia ese sendero.

Ya había pasado demasiado tiempo desde aquel recuerdo, el más nítido y cercano que tengo de mi más tierna infancia.

Luego, mi camino fue siendo moldeado lentamente mientras crecía. Como siempre, la televisión influyó demasiado en mí. Tantas películas, series y dramas me habían motivado con más ahínco a abrazar aquello que había deseado de pequeña. Y ahora ya estaba en la edad de decidirme a hacerlo.

¡Pues bien!, definitivamente había llegado el momento de empezar a hacer lo que verdaderamente me gustaba...

...O eso creía...

Entonces comprendí que el corazón más humilde y la sonrisa más sincera se podían corromper de un momento a otro y sin previo aviso. ¿A eso se referirán cuando dicen que todos poseemos una gota de oscuridad en nuestro corazón?

Sinceramente me negaba a creerlo. Y así lo hice, negándolo, hasta que no pude aguantar más.

Pero cualquier persona puede cambiar...

Mis emociones estallaron.
Y huí...

Capítulo 11

Si bien contaba con bastantes amigas y unos cuantos amigos –tampoco era que mi círculo fuera exageradamente amplio–, solo había una que me importaba más que los demás y de la cual, desde que la conocí, jamás me había separado: Seul-Yi.

Seul-Yi realmente no era coreana, era extranjera. Había llegado de intercambio desde Japón y había ingresado junto con nosotros en nuestro primer año de *jung hakgyo*. Ella misma había escogido este nombre como una forma de adaptarse de mejor manera a nuestro país. Además, según me contó una vez, tenía un significado idéntico a su nombre en su lengua natal –que nunca conseguí que me dijera–, el cual le era muypreciado, pues evocaba sus primeros recuerdos de vida.

A pesar de que en nuestro primer año la gran mayoría no nos conocíamos –salvo excepciones de amigos inseparables o almas predestinadas–, lo que significaba una gran oportunidad para que Seul-Yi se fuera incorporando en los distintos grupos que se iban formando, nadie se acercaba a ella para conversarle. ¿Sería una especie de xenofobia colectiva? ¿Un sentimiento de intranquilidad frente a alguien distinto? Solo había algo con lo que yo podía explicar el por qué nosotras, por lo menos, no nos atrevíamos a acercarnos: Envidia. Ella era demasiado hermosa, sus rasgos finos, un cuerpo casi perfecto para tener entre trece y catorce años, una piel blanca como la nata, una larga cabellera castaña oscura que a veces brillaba rojiza a la luz del sol. Perfecta... Yo también tenía el pelo largo, pero el mío no brillaba como el de ella y no se veía tan ordenado, ella tenía un flequillo que dibujaba una delicada línea sobre sus ojos, mientras que a mí los mechones me caían encima cubriendo a veces mi ojo izquierdo.

Pero, aun así, a pesar de ser tan bella y perfecta, Seul-Yi pasaba sola todos los días, sentada en el último banco de la sala, en una esquina, mirando perdidamente por la ventana mientras todos parecíamos divertirnos.

Si bien entendía el punto de vista femenino, yo no sentía esa envidia. Es más, sentía deseos de acercarme a ella, hablarle, conocerla, pero había algo en mi pecho que me impedía hacerlo; una sensación que me punzaba: Temor. ¿Por qué? Ella parecía provenir de un cuento de hadas.

Al pasar el tiempo conseguí averiguar por qué, incluso considerando su belleza, ninguno de los hombres se había acercado a ella. Les pasaba algo similar que a mí, les daba miedo, pero no porque luciera como alguien irreal e inalcanzable, sino que, según decían, cuando la mirabas directamente a los ojos sentías que se te paralizaba el corazón y se te helaba la sangre. Había algo misterioso en su mirada, algo salvaje que los

incomodaba y, en consecuencia, los alejaba. ¿Qué sería eso exactamente? Pues jamás lo llegué a descubrir.

Un día de diciembre, cuando estaban por llegar las vacaciones de invierno, todos nos vimos sorprendidos por una nueva alumna que, llegando atrasada y sin presentarse ni dar explicaciones, había pasado por el fondo de la sala y sin preguntarle nada a nadie se había sentado en el puesto de Seul-Yi. Todos la miramos extrañados, intentando averiguar quién era, hasta que yo, motivada por mi asombro, me levanté en mitad de la clase y, apuntándola, grité: ¡Seul-Yi!! Todos se dieron vuelta hacia ella y empezaron a cuchichear entre sí, mientras que la chica se volvió hacia mí y me sonrió. Sin darme cuenta, el profesor me pegó con el libro en la cabeza y me pidió que me sentara, a la vez que me decía que en el descanso tendría oportunidad de hablar con mi amiga.

Sí, con mi "amiga". Aquel incidente había ayudado a romper el hielo y, por primera vez, me atreví a acercarme a ella y hablarle. Recuerdo que lo primero que le pregunté fue por qué había decidido cambiar tan drásticamente su imagen: Había cortado su larga cabellera hasta la altura del mentón, pero había mantenido el flequillo; además, ya no se veía delicada, ni perfecta... se veía normal. Por último, parecía que incluso su personalidad había cambiado, de retraída a animosa. Seul-Yi sonriente y burlona me respondió que aquel cambio lo había hecho para que se fijaran en ella y, por lo visto, lo había conseguido, pues, por lo menos, le podía dar explicaciones a alguien.

Desde ese día, no volvió a estar sola. Los pocos amigos que tenía en ese entonces también se acercaron a ella, motivados por mí. Luego, en poco tiempo, ya se relacionaba normalmente con todo el curso. A veces nos reíamos con sus problemas con el idioma, otras aprendíamos cosas nuevas acerca de su cultura.

Nunca más volví a escuchar algo sobre su mirada intimidante, incluso aquel rumor me parecía ridículo considerando la dulzura en sus ojos. A su vez, jamás volví a sentir envidia hacia ella, pues aquel ser perfecto e inalcanzable que una vez cruzó por la puerta de nuestra sala había descendido hasta convertirse en alguien como nosotros. Fue como si una princesa del reino de las fantasías hubiese abandonado todo para cruzar el umbral de la realidad y disfrutar con nosotros.

Y, al parecer, así fue realmente, pues aquella alumna de intercambio finalmente pasó a ser una más de nosotros. Estuvo los tres años de *jung hakgyo* y se convirtió en mi mejor amiga de toda la vida. Incluso empezó

a llamarme *Eonni*, por cariño y porque yo era mayor.

Aun ahora que nuestros caminos se vieron forzosamente separados –algo que, por lo menos yo, nunca esperé que sucediera– la sigo considerando como mi mejor amiga...